

Abril 2008 4

*BOLETÍN OFICIAL
de las DIÓCESIS de la
PROVINCIA ECLESIAÍSTICA
de MADRID*

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL - ARZOBISPO

- La Jornada por la Vida 2008. Jesucristo Resucitado Autor y Señor de la Vida 000
- Las vocaciones. Una necesidad para la Iglesia 000
- La buena noticia de Jesucristo. En el nuevo mundo del trabajo 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 000
- Defunciones 000
- Sagradas Órdenes 000
- Actividades del Sr. Cardenal. Abril 2008 000

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- Jornadas internacionales de Caridad y Voluntariado 000
- Visita pastoral a la parroquia de San Juan de Ávila 000
- Jornada diocesana de jóvenes 000
- Confirmaciones 000

CANCILLERÍA-SECRETARIA

- Nombramientos 000
- Ceses 000
- Defunciones 000
- Crónicas 000
- Actividades del Sr. Obispo. Abril 2008 000

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Congreso de Apostolado Seglar 000

SR. OBISPO AUXILIAR

- Congreso Apostolado Seglar 000

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Decretos 000
- Licencia 000
- Informaciones 000

Iglesia Universal

- Mensaje del Santo Padre para la XLV Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones 000

VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA BENEDICTO XVI A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA Y VISITA A LA SEDE DE LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

- Celebración de las Vísperas y encuentro con los Obispos de EE.UU. 000
- Homilía de la Santa Misa en Nationals Stadium de Washington, D.C. 000
- Encuentro con los miembros de la Asamblea General de las Naciones Unidas 000
- Homilía de la Misa Votiva por la Iglesia Universal. Catedral de San Patricio, Nueva York 000
- Homilía en el Yankee Stadium, Bronx, Nueva York 000

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXVI - Núm. 2799 - D. Legal: M-5697-1958

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

LA JORNADA POR LA VIDA – 2008

Jesucristo Resucitado Autor y Señor de la Vida

Madrid, 04 de abril de 2008

Mis queridos hermanos y amigos:

La vida es el don más precioso que ha recibido el hombre. Si se entiende esta palabra –vida– en toda la riqueza que contiene su significado, es el don sin el cual nuestra existencia –la existencia humana– no tiene el menor sentido. Sin vida y sin la vida el hombre quedaría condenado al absurdo. Sin vida el hombre se queda sin presente; pero, sobre todo, se queda sin futuro. Por ello, la vida plena se inicia en el tiempo cuando somos engendrados en el vientre de nuestra madre y tiende a durar más allá de la muerte, en la eternidad. Sólo cuando se vive en el espacio y en el tiempo, las coordenadas propias de este mundo, buscando y esperando la eternidad, la vida es la premisa “sine qua non” –sin la cual– no es posible hablar de felicidad. ¡Una vida a la vez física y espiritual! ¡Una vida, que aún pasando por el trance de la destrucción física del cuerpo humano, perdura en la feliz eternidad! La única vida verdadera es pues la que lleva en lo más íntimo de sí misma el fundamento y la garantía de esa eternidad: nuestro espíritu –el alma–, por una parte, y el Espíritu Santo, por otra, el que nos ha sido dado por la Resurrección de Jesucristo y que hemos recibido el día de nuestro Bautismo. Por

el Bautismo hemos sido “sepultados con Cristo”, nos dice San Pablo, para “resucitar con Él”.

Hoy, III Domingo de Pascua, la Iglesia en España celebra la Jornada de la Vida, ya que la Solemnidad a la que los Obispos españoles han unido este día de la Vida, la Asunción del Señor el 25 de marzo, ha caído este año dentro de la Octava de Pascua providencialmente, porque nos permite comprenderla y valorarla en el marco celebrativo del Tiempo Pascual, el que más luminosamente nos recuerda y más íntimamente actualiza la verdad de la vida al hacer presente simultáneamente al protagonista único y al momento cumbre de la victoria definitiva de la vida sobre la muerte –sobre la muerte del alma, primero, y, sobre la muerte del cuerpo, después–, a saber: a Jesucristo, resucitado de entre los muertos verdaderamente con toda su humanidad, y a “su paso” por la terrible pasión y la muerte crudelísima de la Cruz, convirtiéndose de este modo por la oblación de su Cuerpo y de su Sangre en el autor definitivo de la vida plena y feliz: la vida eterna en la gloria del Padre por el don del Espíritu del Amor, el Espíritu Santo. Sí, Jesucristo es el Autor y Maestro de la Vida, el Autor y Defensor del mandamiento de la Vida, el Autor y Dador de la Gracia de la Vida. Su Evangelio es “el Evangelio de la Vida” como nos enseñó y proclamó nuestro inolvidable Siervo de Dios, Juan Pablo II, ante la dolorosa y dramática constatación de que en la sociedad de nuestros días había comenzado a propagarse una inhumana y desalmada cultura de la muerte, promovida por las fuerzas más poderosas del mundo, turbando y enturbiando la conciencia de muchos y a costa de la vida de los más débiles e indefensos.

Se comenzó hace ya décadas por negar sistemáticamente en las legislaciones proabortistas el valor incondicional del derecho a la vida de los no-nacidos, abandonándolos a la decisión de terceros bajo el eufemismo de la interrupción voluntaria del embarazo, y se está acabando por cuestionar la vida de los ancianos y de los enfermos incurables con el falaz y engañoso pretexto de la muerte digna. Y como, cuando se hace una excepción respecto al valor incondicional de la vida humana en cualquiera de sus estadios y formas, se está implícitamente afirmando el poder del hombre para decidir sobre el derecho a la vida –sobre quién lo tiene y quién no lo tiene– y, a la vez, negando a Dios y a Cristo el ser los Autores y Señores únicos del bien de la vida humana, ya no hay nada que impida que la carrera a favor de nuevas excepciones en contra del principio inviolable del derecho a la vida de todo ser humano ya no conozca límites que no puedan ser removidos según lo que convenga a los más fuertes y

poderosos. ¡Entonces no hay ya quien pueda parar el curso social de la cultura de la muerte!

Ante esta situación de relativismo moral y de agnosticismo espiritual, tan típica de la sociedad actual, la responsabilidad de los cristianos, que hemos recibido el don, la gracia y la misión del Evangelio de la Vida, es muy grande. Se nos llama por el Señor con una urgencia histórica apremiante a ser sus testigos, con el estilo y método que nos enseñó el Concilio Vaticano II y que Juan Pablo II urgió a los jóvenes de España en la Vigilia mariana de “Cuatro Vientos” la noche del 3 de mayo del año 2003, es decir: a ser testigos de la verdad de Cristo y de su Evangelio de la Vida, proponiéndola, conscientes de que “la verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra con suavidad y firmeza, a la vez, en las almas” (DH, 1). “Propuesta” que hemos de difundir incansablemente en nuestro propio entorno familiar, en los lugares de trabajo y de tiempo libre, entre nuestros amigos y en la vecindad, en el mundo de la cultura, de la enseñanza y de la Universidad, a través de los Medios de Comunicación Social... ¡en la vida pública! No hay que rendirse ni al miedo ni a la fatiga en esta gran empresa espiritual y cultural que está necesitando con la máxima gravedad de la respuesta del amor cristiano comprometido con el don de la vida. Respuesta clara, valiente, tenaz, esperanzada y generosa, expresada con palabras de bondad y de paz y testimoniada con el servicio prestado generosamente a todas las madres atrapadas en la red de los intereses egoístas y de las actitudes gélidas de próximos y extraños que las empujan al terrible no de la muerte para los hijos de sus entrañas, no nacidos. Respuesta personal y respuesta organizada en la Iglesia y en la sociedad.

El escándalo masivo del aborto provocado, de la investigación con embriones sin reparo ético alguno, cuando implica inexorablemente su muerte, y de la tentación de la eutanasia, sólo puede ser deshecho con la respuesta clara y amorosa de la vida. Porque “la vida es siempre un bien”. ¡Hemos de dejar atrás para siempre aquella clasificación de la vida “con valor y digna de vivirse” y “sin valor e indigna de ser vivida”, de tan infausta memoria y que tanta muerte, tanto dolor y tantas desgracias trajo a Europa en la primera mitad del siglo XX! El objetivo de la victoria de la vida se logrará si miramos a Cristo Resucitado y, unidos en la oración ferviente y perseverante de toda la Iglesia, con las comunidades religiosas de vida contemplativa, le cantamos con el salmista: “me enseñarás el camino de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha”.

Con María, su Madre y nuestra Madre, la Virgen de la Vida, acertaremos con esa mirada de amor que nos abre el corazón para ser testigos de su Evangelio: ¡el Evangelio de la Vida!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

LAS VOCACIONES

Una necesidad vital para la Iglesia

Madrid, 12 de Abril de 2008

Mis queridos hermanos y amigos:

La Iglesia dedica desde hace cuarenta y cinco años el IV Domingo de Pascua, conocido en su Liturgia tradicionalmente como el Domingo del Buen Pastor, a la oración por las vocaciones al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada. En pleno Concilio Vaticano II, Pablo VI, al instaurar esta jornada vocacional para toda la Iglesia en un día vocacionalmente tan significativo, se hacía eco de una necesidad siempre vital para el ejercicio de su misión evangelizadora y santificadora y que comenzaba a manifestarse en una buena parte de los países y sociedades del mundo occidental, especialmente en Europa, como un problema alarmante no sólo pastoral, sino también doctrinalmente. Aparecían los primeros síntomas de escasez numérica de vocaciones y se insinuaban dudas sobre la razón teológica de ser del ministerio sacerdotal vinculado al celibato y vivido según el modelo de vida apostólica que el Señor pidió y exigió a los Doce cuando les mandó dejarlo todo para seguirle incondicionalmente adonde quiera que Él fuese. La tentación secularizadora se asomaba, también, por otra parte, a la concepción de la vida consagrada por el Reino de los Cielos y a los criterios espirituales y pastorales de su renovación que el

Concilio Vaticano II se proponía guiar e impulsar. Lo que entonces fue captado certera y providencialmente por el Supremo Pastor de la Iglesia como un aviso del Espíritu Santo, se fue desvelando hasta el día de hoy, año tras año, como un problema y un reto eclesial formidable al que la Iglesia y su Magisterio —el del propio Concilio, el de Juan Pablo II y, ahora, el de Benedicto XVI—, han ido ofreciendo respuestas muy concretas, evangélica y apostólicamente lúcidas y estimulantes. Respuestas que han dado ya sus frutos en un número creciente de seminarios y de presbiterios diocesanos rejuvenecidos física y espiritualmente, en el nacer y crecer de nuevas formas espirituales, apostólicas y misioneras de vida consagrada y, no en último lugar, en el despertar de la conciencia de muchos fieles laicos que comprenden de nuevo —y cada vez mejor— la importancia del compromiso de su vida cristiana con la creación del clima humano y eclesial preciso para que en las nuevas generaciones de bautizados se escuche la voz del Señor que llama a su seguimiento incondicional y radical, la acojan y la sigan para el bien de toda la Iglesia y de todos los hombres. Un clima que se logra únicamente instaurando y favoreciendo un ambiente espiritual de intensa oración, cultivada y practicada muy cerca del Señor en el Sagrario, es decir, vivida y experimentada eucarísticamente.

En nuestra Archidiócesis de Madrid, junto con otras Diócesis de España, hemos venido propiciando e impulsando la oración de toda la comunidad diocesana por las vocaciones a través de nuevas y bellas iniciativas como las de la Cadena de Oración, con la que nuestra Delegación de Pastoral vocacional ha querido renovar y revitalizar la meritoria Obra de las vocaciones sacerdotales, y las veinticuatro horas de adoración ante el Santísimo Sacramento, expuesto en la Iglesia del Seminario Conciliar, desde el amanecer del sábado, víspera del Domingo del Buen Pastor, hasta las doce de la mañana siguiente, culminando con la solemne celebración de la Santa Misa en la Catedral de La Almudena. Así, desde las primeras horas de ayer, sábado, se han venido turnando ininterrumpidamente ante el Señor Sacramentado, presente en el lugar vocacionalmente más emblemático de nuestra Iglesia Diocesana, nuestro Seminario Conciliar, grupos de oración formados por parroquias, comunidades de vida consagrada, asociaciones de apostolado seglar y nuevos movimientos y realidades eclesiales, rogando al Buen Pastor que no le falte a su Iglesia el don abundante de las vocaciones, imprescindibles para que pueda realizar su misión de ser “en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG, 1). ¡Urge que esta plegaria sea compartida ferviente e intensamente por todos los fieles durante todo el año, sin pausa alguna!

Si “la mies” siempre fue y seguirá siendo mucha en todos los tiempos; hoy, en el nuestro, es inmensa (cfr. Mt. 9-38). No se trata de ser pesimista en la valora-

ción del estado actual de la comunidad eclesial y de la sociedad en Europa; pero sí es necesario y apremiante reconocer, con la objetividad de la mirada del alma de la mirada sincera y fiel a la verdad, la situación de carencia vocacional que nos aflige y el olvido de Cristo y de Dios que nos invade y que tanto desamparo interior y tantas frustraciones existenciales causa en nuestros niños y jóvenes. ¡Es la hora, –y continúa siendo la hora– de la Nueva Evangelización, a la que nos convocaba el Siervo de Dios Juan Pablo II y en la que insiste con su palabra y sus gestos tan evangélicamente transparentes nuestro Santo Padre Benedicto XVI, de cuya elección como Sucesor de Pedro se cumple en estos días el tercer aniversario! Para que se logre esta iniciativa del Papa con frutos abundantes de conversión y de profunda evangelización, son necesarias ¡vitalmente insustituibles! las vocaciones. “La Iglesia es misionera en su conjunto y en cada uno de sus miembros” –nos recuerda Benedicto XVI en su Mensaje para esta XLV Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones– pero “la dimensión misionera está especial e íntimamente unida a la vocación sacerdotal”. Jesús actúa en persona a través de los Doce Apóstoles y sus Sucesores, los Obispos, y los presbíteros en comunión con ellos. También muestra el Señor cual es la medida última de la auténtica vivencia de su Evangelio en todos aquellos hombres y mujeres que han escogido vivirlo con la radicalidad de los consejos evangélicos en pobreza, castidad y obediencia. “Esas pléyades de religiosos y religiosas, pertenecientes a innumerables institutos de vida contemplativa y activa –nos dice el Papa, rememorando el Dec. “Ad Gentes” del Vaticano II– tuvieron hasta ahora, y siguen teniendo, la mayor parte en la Evangelización del mundo”.

Reunidos hoy en torno a Virgen María, Reina y Madre de los Apóstoles, Nuestra Señora de la Almudena, pedimos con Ella al Señor: ¡danos abundantes vocaciones de sacerdotes santos, entregados ardientemente a tu amor para llevarlo y prenderlo en el corazón de tantos contemporáneos nuestros, desiertos de amor verdadero y estériles de nueva y auténtica vida! ¡danos nuevas y abundantes vocaciones de vidas consagradas a ti y a tu Reino, Señor! Porque sólo así se abrirá para el hombre de nuestro tiempo, sobre todo para los jóvenes, el surco limpio y fecundo del único amor que nos salva: ¡el Tuyo, Señor!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

LA BUENA NOTICIA DE JESUCRISTO RESUCITADO EN EL NUEVO MUNDO DEL TRABAJO

Madrid, 26 de Abril de 2008

Mis queridos hermanos y amigos:

Se acerca de nuevo con el 1º de Mayo la Fiesta del Trabajo, que la Iglesia también celebra litúrgicamente desde hace medio siglo como la Fiesta de San José Obrero, a quien le fue confiado el cuidado de María, su Esposa Virgen y del Hijo de Dios que se encarnó en su seno por obra y gracia del Espíritu Santo. A un humilde carpintero de Nazareth le encargó Dios la guarda y custodia del tesoro más preciado de la salvación: la Sagrada Familia de Nazareth. El encargo fue cumplido con una exquisita y rendida entrega. El trabajo de José, el artesano de Nazareth, se convertía por el designio amoroso del Padre Celestial, de hecho, en un instrumento imprescindible en la historia de la salvación. Más aún, Jesucristo, el hijo de María, encomendado como hijo al carpintero José, haría de su mismo trabajo, que le hacía de padre en la tierra, al lado de José, el periodo más largo de su vida al servicio de la obra de nuestra redención. No es extraño que el Papa Pablo VI en su peregrinación a Tierra Santa –la primera de un Sucesor de San Pedro– el 5 de enero de 1964, en pleno Concilio Vaticano II,

al visitar Nazareth, terminase su alocución con las siguientes palabras: “Queremos finalmente saludar desde aquí a todos los trabajadores del mundo y señalarles al gran modelo, al hermano divino, al defensor de todas sus causas justas, es decir: a Cristo, nuestro Señor”. Era la voz precisamente del Vicario en la tierra de ese Cristo, el que les hablaba, dirigiéndose a todos los integrantes de ese mundo nuevo del trabajo, emergido de la revolución industrial y, después de la II Guerra Mundial, de la nueva economía que buscaba el camino de la justicia, de la solidaridad y de la paz, apartándose de las formas salvajes del capitalismo y de los modos totalitarios y negadores de la libertad de los socialismos marxistas superándolos definitivamente. Para el Papa, en Nazareth, como lo había sido para sus predecesores desde León XIII a Juan XXIII, y lo volvería a ser para sus sucesores Juan Pablo II y Benedicto XVI, sólo Jesucristo podría ser considerado en verdad como el hermano fiel e indefectible, el Maestro infalible, el defensor cierto e inquebrantable del trabajador, o lo que es lo mismo, de la persona humana en esa “circunstancia” tan decisiva para su vida, la de su familia y la de toda la sociedad que es el trabajo. La actividad laboral, realizada de acuerdo con la dignidad de la persona humana y al servicio del bien común, del cual es integrante esencial el bien de la familia, es la forma indispensable e irrenunciable para el digno desarrollo personal del hombre y para la constitución y funcionamiento de la sociedad, de la comunidad política y de la comunidad internacional como “el medio”, humano, cultural y espiritual que garantiza la relación de las personas y de las familias entre sí en justicia, solidaridad y en paz. ¿Y en amor? ¿Es posible establecer una ordenación justa del mundo de las relaciones laborales y, sobre todo, mantenerla y llevarla a la vida con actitudes sensibles para los más necesitados y para todas las necesidades del hombre materiales y espirituales... sin amor?

Ya la experiencia histórica y el conocimiento íntimo de nosotros mismos y, no digamos, la constatación de lo que pasa en la realidad social del presente, nos enseñan lo difícil, por no decir lo imposible, de tal empeño. Sin amor, transformando las conciencias de las personas, convirtiendo sus modos de vida, esclavos del egoísmo y de las pasiones, nos quedamos a mitad del camino de todas nuestras propuestas y planes de renovación de los marcos estructurales – económicos y jurídicos– en los que se sitúa, organiza y mueve el mundo del trabajo. Así ha sido siempre y así es hoy en la compleja situación de la economía globalizada y del progreso tecnológico en el que se invierten tiempo, energías físicas e intelectuales e, incluso, compromisos exhaustivos de vidas y trayectorias personales con una capacidad e intensidad de absorción de todo lo

que el hombre es constitutivamente, como pocas veces había ocurrido en la historia.

¿Y de dónde viene y con quién se aprende la lección de amor, del amor verdadero? Y, sobre todo, ¿dónde está la fuente de ese amor a la que pueda acudir y en la que pueda reconfortarse interiormente el hombre frágil y débil, el hombre de la libertad tentada desde fuera y desde dentro de sí mismo por el demonio de la soberbia y del egoísmo teórico y práctico?

La respuesta para los que conocen el Misterio de la Pascua de Nuestro Señor Jesucristo es clara, confortadora y gozosa: ¡En Él, Jesucristo Resucitado! Él, a través de su “paso” por el seno de su Madre Santísima, tomando su carne que es la nuestra; de su “paso” por los años de su vida oculta en Nazareth y por el corto, intenso y fascinante período de su vida pública, anunciando el Reino de Dios –se preguntaban las gentes ¿quién es éste que cura a los enfermos, puede dar vida a los muertos, se compadece de los humildes y perdona a los pecadores?–; y, definitivamente, de su “paso” por el trance divino-humano de su Pasión Crucifixión y Resurrección, venciendo al pecado y a la muerte para siempre se nos ha revelado y donado como la fuente, más aún, como el autor de la nueva vida: de la vida plena, fruto de su Amor, del Amor de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo: ¡del “Dios que es amor”!

Por eso, hoy, a las puertas del primero de Mayo, Fiesta de San José Obrero, al afrontar cristianamente los problemas del mundo del trabajo –la sombra del paro vuelve a cernirse sobre él, acompañada del peligro de una crisis económica de difícil previsión en sus dimensiones y en su duración–, hay que exhortar de nuevo con el Papa, especialmente a los jóvenes, inmersos ya en la vida laboral, y aunque a algunos –o a muchos– les pueda sonar a palabras piadosas y nada realistas o, poco menos que inútiles: “¡No tengáis miedo a Cristo! El no quita nada, y lo da todo. Quien se da a Él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid de par en par las puertas a Cristo y encontraréis la verdadera vida”. Sí, concretaríamos: hallaréis la vida que nace y se alimenta del verdadero amor, del amor de Cristo Salvador del hombre y Señor nuestro.

Encomiendo a Nuestra Madre y Señora, la Virgen Santísima de La Almudena, la Jornada de Pastoral Obrera de nuestra Archidiócesis de Madrid el próximo primero de Mayor, invocándola con toda la Iglesia: ¡que interceda ante su

Hijo, Jesucristo Resucitado, para que “los misterios que estamos recordando transformen nuestra vida y se manifiesten en nuestras obras”!

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

VICARÍA JUDICIAL

Juez diocesano del Tribunal Eclesiástico Metropolitano: D. Ricardo Ezpeleta Ezpeleta (01-032008). Renovación

VICARIO PARROQUIAL

De Nuestra Señora del Sagrario: D. Francisco Javier Pedraza Ferret (01-04-2008)

CAPELLANES

De la Residencia de Ancianos de Nuestra Señora del Carmen de la Comunidad Autónoma: D. Francisco Javier Manrique Patiño (01-04-2008).

PÁRROCOS

De Santa María Josefa del Sagrado Corazón: D. Jesús Bueno Ortega (9-4-2008).

De Santa Genoveva Torres Morales: D. David Benítez Alonso (9-4-2008).

De Santa Teresa y San José: P. José María Casado Casado, O.C.D.
(15-4-2008).

MIEMBROS DEL CONSEJO GENERAL DE CÁRITAS MADRID:

Hno Valentín A. Riesco Álvarez (05-04-2008).

Hna. María Antonio Moreno Corral (05-04-2008).

Dña. Amparo Lagartos Cuñado (05-04-2008).

DEFUNCIONES

El día 4 de abril de 2008, falleció Doña VICENTA GARCÍA SANZ, a los 90 años de edad, madre del sacerdote, D. ANASTASIO GIL GARCÍA, secretario técnico de la Comisión Episcopal de Misiones.

El día 8 de abril de 2008, falleció el Rvdo. Sr. D. JOSÉ LUIS MARTÍNEZ ESTEFANÍA, sacerdote diocesano de Madrid. Nació en Cuenca el 25-11-1931. Ordenado en Laguna de Duero (Valladolid) el 24-2-1958. Incardinado en Madrid, el 4-6-1980. Ha sido Vicario parroquial de San Roque desde el 1-10-1970. Estaba jubilado.

El día 10 de abril de 2008 a los 87 años de edad y 48 de vida consagrada, falleció Sor DULCE NOMBRE DE MARÍA (Rafaela González Cos-Rayón), monja Concepcionista Franciscana del Monasterio de La Latina,

El día 14 de abril de 2008, falleció DOÑA AMELIA GARCÍA ALTEA, a los 95 años de edad. Era madre del sacerdote D. Francisco Quesada García, párroco de la Parroquia de San Isidoro y San Pedro Claver, de Madrid.

El día 15 de abril de 2008 falleció el sacerdote D. ÁLVARO GUTIÉRREZ RODRÍGUEZ. Nació en Santander. Estuvo en Venezuela y Colombia por la OCSHA. Al volver a España se quedó en Madrid y colaboró con la Parroquia de Nuestra Señora de la Montaña.

El día 24 de abril de 2008, a los 79 años de edad, falleció D. JESÚS IGUALADA, padre del sacerdote D. Ángel Igualada Ballesteros, capellán del Centro Penitenciario Victoria Kent.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

SAGRADAS ÓRDENES

El día 5 de abril de 2008, en la Parroquia de la Preciosa Sangre, de Madrid, el Excmo y Rvdmo. Sr. D. Fidel Herráez Vegas, Obispo Titular de Cedic y Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de Madrid, confirió el Sagrado Orden del PRESBITERADO al R.P. JUAN PEDRO RUIZ LUENGO, C.P.P.S., religioso profeso de la Congregación ‘Misioneros de la Preciosa Sangre’.

El día 19 de abril de 2008, en la Parroquia de San Vicente de Paul de Madrid, el Excmo. Y Rvdmo. Sr. D. César Augusto Franco Martínez, Obispo titular de Ursona y Auxiliar de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio M^a Rouco Varela, Cardenal Arzobispo de MADRID, confirió el Sagrado Orden del DIACONADO a D. LUIS MIGUEL ROJO SEPTIÉN, CM religioso profeso de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paul (PP. Paules).

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL. ABRIL 2008

Día 1: Consejo Episcopal

Disertación en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Día 2: Rueda de Prensa en Añastro

Visita pastoral al arciprestazgo de San Vicente de Paúl, en la parroquia de Santa Luisa de Marillac

Día 3: Excursión con sacerdotes jóvenes, a Oropesa (Toledo)

Día 4: Funeral por D. Sebastián Gayá (fundador de Cursillos de Cristianidad) en la Catedral.

Día 5: Clausura de la Visita Pastoral al arciprestazgo de San Vicente de Paúl, en la parroquia de Santa Catalina Labouré.

Día 6: Vigilia por la Vida en la Catedral.

Día 8: Conferencia sobre “Iglesia y Estado. La perspectiva del Concilio Vaticano II”, en Logroño.

Día 9: Consejo Episcopal.

Día 10: Comité Ejecutivo

Entrega de Premios ‘Duc in Altum’ en el Seminario.

Día 11: Apertura Jornada Académica de la Facultad de Teología

Funeral por Mons. Romero Pose en el Seminario.

Día 12: Confirmaciones en la Parroquia Nuestra Señora del Tránsito

Día 13: Misa en la Catedral en la Jornada de las Vocaciones

Confirmaciones en la Parroquia María Virgen Madre

Día 14: Acto académico en el 25° Prelatura Opus Dei
Día 15: Consejo Episcopal
Día 16: Visita Pastoral en la Parroquia Santo Domingo de Guzmán
Día 17: Confirmaciones en el Colegio Tajamar
Día 18: Charla en el CEU con estudiantes
Confirmaciones en el Colegio Mater Salvatoris
Día 19: clausura de la Visita Pastoral al Arciprestazgo Nuestra Señora del
Pilar, en la Parroquia San Alfonso M^a Ligorio
Día 20: Apertura Jornada diocesana Comunicaciones Sociales
Día 25: funeral en la Catedral por Chiara Lubich
Día 26: paso a la militancia de adultos de la HOAC
Días 27 al 2 de mayo: peregrinación diocesana a Tierra Santa.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

JORNADAS INTERNACIONALES DE CARIDAD Y VOLUNTARIADO

(Parroquia de Santa Paula – Madrid, 6 Abril 2008)

Lecturas: *Hch* 2, 14.22-23; *I Pe* 1, 17-21; *Lc* 24, 13-35.

De la incredulidad a la fe y de la fe al testimonio

1. Acabamos de escuchar el Evangelio del tercer Domingo de Pascua, en el que se nos ha presentado la narración de dos discípulos, que en el mismo día de pascua, parten desde Jerusalén a Emaús. Ellos esperaban que los acontecimientos sucedidos en Jerusalén, respecto al Mesías, hubieran sido otros (cf. *Lc* 24, 21). Iban comentando lo que había sucedido, pero iban desanimados y derrotados. La imagen que tenían del Mesías era una imagen, que se habían hecho ellos, pero no correspondía a la verdad.

Por el camino se les une Jesús, pero ellos no son capaces de reconocerle (cf. *Lc* 24, 16); porque las apariciones son un don del Señor, que permite ser visto. Los ojos naturales no ven al Resucitado; lo ven sólo los ojos de la fe.

El Señor les pregunta sobre qué hablaban y ellos, en síntesis, le cuentan lo ocurrido, como si Él no supiera nada de lo que había sucedido en Jerusalén: «Lo de

Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo; cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron» (Lc 24, 19-20).

2. El Señor, partiendo de las Escrituras, les explica toda la verdad sobre el Mesías: «¿No era necesario que el Mesías padeciera eso y entrara así en su gloria?» (Lc 24, 26). Ellos no esperaban un Mesías que fuera clavado en la cruz; ellos esperaban un Mesías libertador de Israel (cf. Lc 24, 21), pero tal esperanza se había esfumado. Su visión miope les impedía ver la verdad.

Pero Jesús resucitado ilumina su inteligencia y los discípulos pasan de la incredulidad a la fe. Los discípulos de Emaús no acababan de creer la verdad de Cristo resucitado; no creían; pero con la palabra de Jesús y su explicación, además de su presencia, ellos llegan a ser capaces de “ver”; su mente queda iluminada con la luz de la Palabra. Jesús les explica el sentido de las Escrituras (cf. Lc 24, 27), tachándolos de incrédulos y ciegos: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!» (Lc 24, 25). Jesús ilumina sus mentes y sus corazones.

3. Puede ocurrirnos a nosotros también que nos hagamos una idea, que no corresponde a verdad, sobre Dios, sobre Jesucristo, sobre la Iglesia. Tal vez podemos pensar que nuestra razón –y me dirijo fundamentalmente a jóvenes universitarios– no sea capaz de descubrir la verdad de Dios; o que la fe esté en contra de la razón; nada más lejos de eso.

El Papa Benedicto XVI ha puesto de relieve lo importante que es valorar la sintonía existente entre fe y razón, llamando a Dios “Razón creadora y al mismo tiempo Razón-Amor” y subrayando que la fe cristiana corresponde a las exigencias de la razón que busca la verdad (cf. Discurso para la Universidad “Sapienza” de Roma, 17 enero 2008; Discurso *Fe, razón y Universidad. Recuerdos y reflexiones*, Ratisbona-Alemania, 12 septiembre 2006).

No puede haber una auténtica fe y una verdadera religiosidad si se prescinde de la razón. Porque Cristo es la “Palabra eterna” de Dios; Cristo es el “Logos”, la Razón suprema. ¿Cómo puede estar en contradicción la Razón infinita con la razón humana? Ambas están en plena sintonía.

La actitud de los discípulos de Emaús nos anima a nosotros a quitarnos ciertas vendas, que tenemos en los ojos; ciertas imágenes, que tal vez nos he-

mos hecho de Dios, de Jesucristo, de la Iglesia, que no corresponden a la verdad.

Vamos a pedirle al Señor que nos quite las miopías respecto a Él y que ilumine nuestra mente con su luz, con la luz pascual del Resucitado; que nos llene de su gozo y de su alegría. Éste es el primer paso, que realizan los discípulos de Emaús: pasar de la incredulidad a la fe.

4. El otro paso que los discípulos de Emaús realizan es ir de la fe al testimonio. Cuando los discípulos llegan a casa, invitan al Señor a que se quede con ellos: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado» (*Lc* 24, 29).

El Señor, sentado a la mesa, parte el pan: «Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando» (*Lc* 24, 30). La fracción del pan hace referencia a la Eucaristía. Cuando Cristo ofrece en la Cena pascual el pan, diciendo: «Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros» (*1 Co* 11, 24), está haciendo referencia a la entrega de su vida en la cruz.

Ante este gesto de partir el pan, a los discípulos de Emaús se les caen las escamas de sus ojos y reconocen al Señor: «Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron» (*Lc* 24, 31). El Señor les permite que lo “vean” resucitado; hasta entonces no lo habían descubierto.

Esta experiencia con Cristo resucitado empuja a los discípulos a dar testimonio; les hace testigos. También Pedro, como hemos escuchado en el libro de los *Hechos*, se convierte en testigo del Señor resucitado y predica a los judíos la Buena Nueva (cf. *Hch*, 2, 22-23).

Los discípulos de Emaús pasaron de la fe al testimonio: «Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!» (*Lc* 24, 33-34). La experiencia y el encuentro con el Resucitado lleva al testimonio.

5. También a nosotros la experiencia de Cristo resucitado en la Eucaristía nos anima a ser testigos de la fe, a ser testigos de la luz, a proclamar ante el mundo la resurrección del Señor. Y ese testimonio no es sólo de palabra, sino de obra. El

encuentro con el Resucitado lleva a la donación a los demás. La caridad es fruto de la experiencia del amor de Dios.

Al inicio de la Eucaristía se nos ha informado de las VII Jornadas Internacionales de Caridad y Voluntariado, promovidas por el Instituto Internacional de Caridad y Voluntariado Juan Pablo II de la Universidad Católica de Murcia (UCAM), que han sido clausuradas recientemente.

Esta iniciativa ha tenido como objetivo fundamental intercambiar experiencias y sensibilizar a la sociedad, acerca de cuestiones relacionadas con el voluntariado y el trabajo solidario en favor de los colectivos sociales más desfavorecidos. Con este motivo, se organizaron diversas actividades. Felicito estas iniciativas y muchas otras, que estáis realizando con los más necesitados y los más pobres. El encuentro con Cristo lleva no solamente a predicar, sino también a realizar acciones de caridad. La experiencia de amor, que hemos tenido con Dios, la compartimos con los demás, sobre todo, con los más necesitados.

6. Y quiero animar a todos los fieles a que, a partir de nuestro encuentro con Jesús resucitado, compartamos con los demás, en especial con los más necesitados, lo que nosotros hemos vivido: el Amor de Dios. Todo tipo de caridad y todo tipo de voluntariado se desprende de la Eucaristía.

Le pedimos a la Virgen María, que vivió la presencia y el encuentro con Cristo resucitado, que nos ayude a ser verdaderos testigos de la luz de Cristo y a compartir con los más necesitados de nuestra sociedad y del mundo entero, lo que somos y lo que tenemos. Que así sea.

VISITA PASTORAL A LA PARROQUIA DE SAN JUAN DE ÁVILA

(Alcalá, 13 Abril 2008)

Lecturas: *Hch* 2, 14a. 36-41; *1Pe* 2, 20b-25; *Jn* 10, 1-10.

1. Durante este tiempo pascual solemos leer el libro de *Hechos de los Apóstoles*, que va narrando la vida de las primeras comunidades cristianas. En el relato de hoy hemos escuchado el primer discurso de Pedro, junto con los otros diez apóstoles.

Después de la resurrección de Jesucristo, los apóstoles, animando a la conversión de los oyentes, predicán el núcleo de la fe (*kerigma*): Jesucristo ha muerto por nuestros pecados y Dios lo ha resucitado. Esta es la gran Buena Nueva, que alegra a todo el mundo. Cristo ha muerto por nosotros y vive resucitado. Esta gran noticia produce la alegría pascual en el creyente. Este es el gran grito de la Pascua y la gran verdad que los cristianos vivimos: que Cristo nos ha salvado por su muerte, ha resucitado y está a la derecha del Padre; y allí nos invita a estar también nosotros.

2. Esta verdad tiene sus exigencias. Ser cristiano, esto es, ser discípulo de Jesucristo, implica seguirle, conocerle y amarle; exige una conversión hacia Él. Pe-

dro ha dicho a los israelitas: «Convertíos y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados» (*Hch 2, 38*).

¿Qué es la conversión? Es cambiar de mentalidad (*meta-noia*). Nosotros tenemos un modo de pensar, heredado de la sociedad en la que estamos inmersos. Pero esa sociedad no siempre vive y habla de acuerdo con la verdad y las enseñanzas de Jesucristo. Por eso Pedro invita a los oyentes a hacer algo muy importante: «Salvaos de esta generación perversa» (*Hch 2, 40*); les exhorta a dejar de pensar como piensa su sociedad malvada y perversa. Esta exhortación, dicha hace más de dos mil años, tiene gran actualidad.

El cristiano está llamado a pensar como Jesús y a seguirle. Se constata que las culturas de todo tiempo, que se alejan de la fe, tienen muchas veces expresiones malvadas; también hoy. Expresiones que no están de acuerdo con el Señor y que se manifiestan en forma de modas, leyes, estilos de vida, pensamientos. Pedro invitó a sus oyentes a apartarse de una generación perversa y continúa invitándonos a nosotros hoy. Es, pues, una llamada a la conversión en este tiempo pascual. Dejemos ciertos esquemas, formas de pensar y modas, normas, estímulos que nos llegan de esta sociedad, algunos de los cuales no tienen nada que ver con Jesucristo y su Evangelio. Hemos de dejarlos y convertirnos al Señor. Esta es la primera invitación, que nos hace la liturgia de hoy, en este cuarto domingo de Pascua.

3. En segundo lugar, hemos cantado el *Salmo 22* sobre el Buen Pastor, cuya hermosa figura nos ha presentado el Evangelio. Jesús es el Buen Pastor (cf. *Jn 10, 14-15*) y la Puerta de las ovejas (cf. *Jn 10, 7*). Es una imagen bucólica preciosa, pero con mucho significado. Jesús es el verdadero y auténtico Pastor, que conoce sus ovejas, las ama, las cuida y da su vida por ellas.

En contraposición, el asalariado no las conoce, ni las quiere, ni da su vida por ellas, sino que, cuando ve el peligro, escapa y deja que sean devoradas por los lobos; al pastor asalariado sólo le importa salvar su propia vida (cf. *Jn 10, 12-13*).

Jesucristo ha dado su vida por sus ovejas, permitiendo que lo mataran en la cruz. Él nos ama, nos conoce, nos amaestra y nos cuida. El *Salmo 22* va narrando lo que hace el Buen Pastor con sus ovejas: las lleva a manantiales de agua viva, fresca y pura (cf. *Sal 22, 2*); no les da a beber agua de charcos o pozos contaminados, sino aguas frescas de manantial, que saltan hasta la vida eterna, como dijo Jesús en el diálogo con la samaritana (cf. *Jn 4, 14*). Las lleva a pastos verdes (cf.

Sal 22, 2); les prepara una mesa (cf. *Sal* 22, 5) y les da alimento nutritivo. Les enseña el camino y, aunque vayan por cañadas oscuras, nada temen (cf. *Sal* 22, 4).

También nosotros caminamos por cañadas oscuras, entre peligros, pero el Señor nos dice que no tengamos miedo, porque: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 20). Han pasado dos mil años y el Señor ha acompañado a todos los hombres, que han creído en él y han intentado seguirle. También hoy nos acompaña a nosotros, a los que intentamos seguirle.

4. No temáis, queridos hermanos; no temáis nada. Estando con Cristo no puede sucedernos nada que Él no permita. Y aunque a veces pasamos por dificultades, por obstáculos, por incomprensiones, por enfermedades y hasta por la muerte, no importa nada. Porque Dios nos salva de todo eso; incluso de la muerte. Igual que Cristo ha resucitado, también tenemos nosotros la esperanza de resucitar (cf. *1 Co* 6, 14).

Ésta es una de las verdades que nuestra sociedad no quiere admitir. Muchas personas contemporáneas nuestras piensan que después de la muerte temporal no hay nada y, por tanto, hay que sacar el máximo goce en esta vida terrena. Pero los cristianos sabemos, por fe, que después de la muerte temporal, continúa la vida del hombre en la eternidad. Esperamos en un cielo nuevo y una tierra nueva (cf. *2 Pe* 3, 13; *Ap* 21, 1).

El Señor nos invita a seguirle, a escuchar su voz, a seguir sus pasos, a confiar en Él, a dejarnos abreviar en sus fuentes de agua viva, a dejarnos alimentar y guiar por Él. Nos invita a participar en el banquete de la Eucaristía. Ésta es la segunda invitación, que nos hacen las lecturas de hoy. Pedro nos invitaba a convertirnos y el *Salmo* y el *Evangelio* nos invitan a seguir a Jesús, el Buen Pastor.

5. Hoy celebra la Iglesia Católica la “Jornada por las vocaciones sacerdotales”. Hemos de pedirle al Señor que nos conceda sacerdotes santos, porque son los que representan al Buen Pastor.

Hacen falta sacerdotes. De otro modo, ¿cómo podríamos arrodillarnos para recibir de Dios el perdón de nuestros pecados? ¿Quién nos presidiría la Eucaristía y nos ofrecería el alimento del Cuerpo y de la Sangre del Señor? ¿Quién proclamaría la Palabra de Dios? ¿Quién nos regeneraría en las aguas bautismales, que dan vida eterna?

El Señor ha dicho: «La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 37-38). Hacen falta operarios para la mies del Señor; para la grey que todos formamos. Todos necesitamos a los sacerdotes. También los obispos necesitamos del ministerio de otros sacerdotes, para recibir el perdón de los pecados.

Todos necesitamos al Buen Pastor, Jesucristo, a quien representan los sacerdotes. Pidamos, por tanto, por los sacerdotes, para que seamos santos y para que haya nuevas y santas vocaciones.

A los jóvenes, que me escucháis, os pido que estéis atentos, porque el Señor habla de muchas maneras. Si escucháis la llamada de Dios a la vida consagrada, no seáis egoístas; sed generosos y decid que sí. Vuestra vida cambiará a mejor. El que quiera seguir a Jesús va a salir ganando, sea laico o consagrado, casado o célibe, niño, joven o adulto.

El seguimiento de Jesús nos enriquece y nos da una forma nueva de vida. La fe es algo sobrenatural, que potencia al hombre, lo enriquece y lo diviniza.

6. Hoy es un gran día de fiesta, porque estamos concluyendo a Visita pastoral. En realidad, se trata de la visita del Buen Pastor, Jesús; no se refiere a Jesús, el obispo, ni a Jesús, el párroco; aquí hay muchas coincidencias. Recuerdo que el día de mi ordenación presbiteral el obispo que me ordenó me animaba a ser como Jesús y me decía: “Jesús, sé como Jesús”, jugando varias veces con los nombres. Al concluir la ordenación, una señora anciana se me acercó y me dijo: “Me ha gustado mucho esta celebración, pero me he armado un jaleo con tanto nombre de ‘Jesús’, que ya no sabía de qué Jesús se hablaba, si de ti o del Señor”. Yo pensé: “Ojalá mi vida se identifique tanto con el Señor, que mi ministerio sacerdotal sea un fiel servicio de la acción del Señor”. Así que, entre don Jesús, el párroco, y don Jesús, el obispo, dejemos que actúe Jesús, el Buen Pastor.

La Visita pastoral de estos días ha sido un encuentro especial de los fieles con el obispo, que ha querido hacer presente al Buen Pastor. He estado con vosotros, para conoceros mejor y, conociéndonos, amaros mejor.

7. Quiero felicitar y dar la enhorabuena a esta comunidad cristiana de San Juan de Ávila en Alcalá de Henares. Quiero felicitaros, porque formáis parte de esta comunidad cristiana de san Juan de Ávila, e intentáis seguir a Jesús. ¡Enhora-

buena! Con dificultades y con pecados, pero también con ilusión y con alegría. Eso es lo más importante.

Ser cristiano no es de masas. Esta parroquia puede tener en torno a veinticinco mil habitantes. ¿Cuántos estamos aquí hoy? El templo parroquial está lleno, pero podemos ser un dos por ciento de la población parroquial. Repito que ser cristiano nunca ha sido de masas; más bien ha sido siempre de unos pocos. Se invita a todos, pero no todos quieren seguir a Jesús.

En el antiguo Israel los que siguieron al Señor, esperando la venida del Mesías, eran un pequeño grupo, llamados el “resto de Israel”, entre los que se encontraba la Virgen María. Hoy nos acompaña la imagen de la Virgen del Val, patrona de Alcalá, como lo está haciendo en todas las parroquias de la Ciudad, donde se celebra la Visita pastoral. Agradecemos a la Cofradía que nos deje la imagen.

La Virgen es una verdadera discípula de Jesús; una verdadera ovejita del Buen Pastor. Ha acudido a las aguas frescas, ha comido en los pastos de vida eterna; y ahí la tenemos: Bienaventurada por todos los siglos; querida por toda la Humanidad; amada como Madre de todos los hombres. A ella la veneramos y le pedimos que nos haga también a nosotros como ella, ovejitas del Buen Pastor.

8. El Papa, los obispos y los sacerdotes somos representantes del Señor con nuestros defectos, pecados y limitaciones. A veces nos exigís una santidad que nosotros no tenemos y vosotros tampoco. Solemos exigir a los otros que sean santos, pero nosotros nos permitimos continuar viviendo como nos parece.

Hemos de amar al Buen Pastor, Jesucristo, y también a los pastores que el Señor nos proporciona en cada momento. Hemos tenido durante veintisiete años un gran pastor de la Iglesia universal, el Papa Juan Pablo II, con quien tuve el honor y la gracia de colaborar y de estar cerca durante varios años. He conocido a un gran santo, como he conocido también personalmente a la Madre Teresa de Calcuta y a otros santos, que empiezan ahora a ser beatificados y canonizados. He tenido esa gracia de encontrarme con santos, que, por otra parte también tenían sus defectos y sus pecados y también se confesaban. Por tanto, no nos escandalicemos de los pecados de los sacerdotes; ni de los Papas de siglos pasados. El único que salva es el Buen Pastor, Jesucristo.

9. Tenéis una tarea preciosa que es formar en la fe a las nuevas generaciones, a vuestros hijos y nietos. Hemos de ayudarles a que conozcan al Buen Pastor. Hemos de aportar cada uno, en la familia y en la parroquia, nuestro granito de arena y enseñarles el camino de la santidad.

Había un día un sacerdote, que enseñaba a los niños a ser santos. En el templo donde se encontraban había ventanas de cristal con figuras de santos. El sacerdote preguntó: “¿Qué es un santo?”; y un niño levantó la mirada hacia una ventana y vio la figura de un santo dibujada en los cristales; entonces se le ocurrió responder: “Un santo es aquel que deja traspasar la luz”. El niño, viendo la figura del santo en la ventana y la luz del sol pasar a través de esa figura, pensó que su respuesta era correcta: el santo es el que permite traspasar la luz.

Os invito a contemplar este templo, que tiene unas formas y una estética especial, que el arquitecto quiso darle. Vamos a intentar sacarle lo mejor que tenga en su arquitectura.

Aquí no tenemos santos en las ventanas; pero tenemos una serie de vidrios de colores. Cada uno puede identificarse con el vidrio de color que quiera: Los vidrios rojos nos sugieren la imagen del martirio, del testimonio, del dar la vida cada día por el Señor, o de darla del todo si nos lo pidieren. Los colores verdes nos dan más la imagen de la esperanza, de la primavera, del resucitar, de la alegría. Los vidrios azules nos llevan al tema de la Virgen, de la castidad, del cielo. Cada uno de nosotros podemos ser un santo, que transparente la luz.

Si queremos ser miembros comprometidos de la parroquia de San Juan de Ávila, hemos de ser como un vidrio de color, que transparente la luz de Jesucristo: unos dando testimonio, desde la alegría; otros, desde el sufrimiento, el dolor o la enfermedad; los padres, educando a vuestros hijos. Este templo nos invita a todos a ser como estos vidrios de colores y como estos ladrillos.

10. Todos somos necesarios; incluso el que crea que no puede hacer nada. Porque desde la cama, en la ancianidad o en la enfermedad, también se puede ofrecer la propia vida por la Iglesia y por la propagación del Reino de Dios. El que cree que no sabe, también puede ofrecer su vida y su oración por la Iglesia. No hace falta que todos sean catequistas, o todos padres de familia, o todos canten en el coro, o todos barran la iglesia, pero todas esas cosas son necesarias.

Os felicito, porque he visto a un grupo que se preocupa de cuidar y mantener el templo, sin necesidad de contratar a nadie para limpiarlo. Lo mismo ocurre con los que cantan en el coro, o con los que proclaman la Palabra en la Eucaristía, o los que visitan a enfermos. A todos, gracias por esos servicios que hacéis. Y decid que hace falta más gente para asumir esos servicios. Todos sois necesarios.

Tenemos también una comunidad de consagradas, las “Hijas de la Caridad”, que trabajan con los pobres y necesitados y con las mujeres de la cárcel, ayudándoles a rehacer su vida. Cada uno tiene su trabajo y su ministerio propio. Agradezco a los sacerdotes de la parroquia, al párroco Don Jesús y a Don Juan-María, su dedicación al ministerio sacerdotal y la entrega de su vida, desgastándola por todos vosotros. Quiero agradecerlos a todos vuestra colaboración.

Vamos a pedirle a la Virgen del Val, patrona de Alcalá, que nos ayude a ser buenas ovejas, que conozcan y escuchen la voz del Buen Pastor y que le sigan. Le pedimos que nos ayude a ser buenos testigos, en esta sociedad alejada de Dios. Que así sea.

JORNADA DIOCESANA DE JÓVENES

(Nuevo Baztán, 18 Abril 2008)

Lecturas: *Hch* 13, 44-52; *Jn* 14, 7-14.

“Recibiréis el Espíritu Santo y seréis mis testigos” (Hch 1, 8)

1. Estimados jóvenes, vamos a centrarnos en dos personajes, que han recibido el Espíritu Santo y han sido testigos del Señor. El libro de los *Hechos de los Apóstoles* nos ha presentado a un tal Pablo, que nació en Tarso (en la actual Turquía) y evangelizó en Jerusalén, en Grecia, en Asia menor, en Turquía y en Roma, donde murió.

Pablo recibió el Espíritu Santo y fue testigo del Señor hasta los confines del mundo. Eso es lo que hoy nos pide el Señor: «Recibiréis el Espíritu Santo y seréis mis testigos» (*Hch* 1, 8). Éste es el lema de la próxima *Jornada Mundial de la Juventud*, que tendrá lugar en Sydney, en el próximo mes de julio.

Éste es el primer personaje: Pablo de Tarso. Podríamos entrevistarle y que nos cuente cuál ha sido la esencia de su vida. Pablo será representado por uno de los presbíteros que está a mi lado.

2. Vamos a entrevistar a Pablo, a ver qué nos dice.

- ¿En qué ambiente familiar naciste tú?

- Mis padres eran judíos y me educaron en la más pura tradición de la religión judía, instruido a los pies del rabino Gamaliel (cf. Hch 22, 3).

- Luego tú eras un buen judío, conocedor de la ley hasta el último detalle y cumplidor de la misma.

- Sí.

- Y ¿Cómo fue tu encuentro con Jesús de Nazaret?

- Iba camino de Damasco (cf. Hch 22, 16), en mi cabalgadura, para hacer prisioneros a aquellos que yo creía que habían desvirtuado la religión judía y decían que creían en un tal Jesús. Pocos kilómetros antes de llegar a Damasco, caí de mi caballo y una voz me dijo «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hch 9, 4). Me quedé ciego y así me llevaron a Damasco. A los tres días, gracias al discípulo Ananías, recibí el bautismo y recobré la vista (cf. Hch 9, 18).

- Parece ser que tú no llegaste a conocer personalmente a Jesús en su vida terrena; cuando se te apareció ya había resucitado. Ese encuentro con Jesús Resucitado ¿qué supuso para ti, gran cumplidor de la ley, hombre religioso, pero no cristiano?

- Para mí supuso precisamente encontrar mi camino de plenitud, el camino de la felicidad; de tal manera que fui anunciando esta gran noticia y manifestando la alegría que me había proporcionado. El encuentro con Jesús en el camino de Damasco cambió mi vida. Escribía cartas a las iglesias, que surgían por donde yo iba evangelizando, y les decía: «Para mí la vida es Cristo, y una ganancia el morir» (Flp 1, 21), y también les exhortaba a que se dieran a los demás; que se entregaran, porque Cristo es quien vive en nosotros y es el sentido de la vida: «Ya no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gal 2, 20).

- Muy bien. Aquí estamos nosotros dos mil años después de aquella experiencia tuya. Tú sigues vivo entre nosotros, porque al morir con Cristo

has resucitado con Él. Hemos leído y escuchado tus cartas. Ante nosotros están unos jóvenes de la Diócesis de Alcalá. ¿Qué le dirías tú a estos jóvenes, desde tu experiencia de encuentro con Jesús y desde la misión que Él te encomendó?

- Yo les diría que Cristo es lo más hermoso y lo más grande que me ha pasado en la vida, porque Él es la riqueza inescrutable, que se me ha permitido anunciar (cf. Ef 3, 8). Gracias a Dios me caí del caballo; las heridas que me hice, se curaron, pero todo lo demás en mi vida cambió para siempre, precisamente por ese encuentro con Jesucristo Resucitado. Ya me daba igual naufragar, que me asaltaran en descampado, pasar hambre o sed (cf. 2 Co 11, 26-27). Porque esa alegría, que había recibido, tenía que comunicarla a los demás, como aquél que le ha tocado la lotería y lo dice a todos a gritos. Pues a mí me ha tocado Jesucristo y tenía que anunciarlo a los demás. Esa alegría, que yo tengo, debo comunicarla, porque es lo que me hace feliz y lo que hace feliz al ser humano.

Estimados jóvenes, habéis escuchado el testimonio de Pablo. Todos nosotros, como él, nos hemos encontrado con Jesús. ¿Cómo ha sido esa experiencia nuestra? ¿Qué nos pide el Señor a cada uno? Agradecemos a Pablo su presencia especial entre nosotros y le damos un aplauso. Pablo de Tarso ha sido un gran evangelizador, ha recibido el Espíritu Santo y ha sido testigo hasta los confines de la tierra, hasta entonces conocidos.

3. Hemos realizado una marcha de varios kilómetros, con lluvia y viento. Hemos venido desde Pozuelo del Rey hasta Nuevo Baztán, lugar típico donde se reúnen los navarros. En esta nuestra pequeña “Javierada” nos ha acompañado la imagen de San Francisco-Javier, que habéis llevado a hombros. Hemos visto en un audiovisual la vida Francisco-Javier, a grandes rasgos. También él, en esta celebración, va a ser representado por otro sacerdote, que va a hablar en su nombre. Vamos a hacerle unas preguntas, similares a las que le hemos hecho a Pablo de Tarso.

- Francisco-Javier, ¿en tu familia, qué ambiente religioso se respiraba?

- Pues era una familia muy cristiana. Yo viví en el siglo XVI y mis padres, María y Juan, eran muy cristianos, católicos; me educaron en la fe desde pequeño. De hecho, yo era el pequeño de cinco hermanos y mis padres,

como era la costumbre entonces, me prepararon un camino en la vida religiosa y querían que fuera canónigo de la Catedral de Pamplona; y yo tan contento con aquello claro, que sonaba muy bien.

- Por tanto, conociste a Jesús desde niño y me imagino que, como todo niño cristiano, rezabas y hablabas con Jesús.

- Sí, claro.

- Muy bien. Pero, como nos pasa a todos, la fe de niño va madurando hasta llegar a la edad juvenil. ¿Hubo un momento en tu vida en que tuviste un encuentro especial con Jesús, que hiciera cambiar tu relación con Él?

- Pues sí. Como todos los jóvenes, que a veces nos despistamos, también yo. Fui a estudiar a París, a Francia. Allí mis padres me pagaron la carrera religiosa, para que estudiase Teología; pero, yo, la verdad, aparte de estudiar, que lo intentaba, tampoco tenía muy buenas compañías; incluso a veces, malgastaba el dinero de mis padres y vivía un poco de aquella manera. Pero me encontré con una persona y a través de esa persona, tuve un encuentro especial con el Señor. Esa persona fue otro gran santo, san Ignacio de Loyola. Él me preguntó con una frase que el mismo Jesús dice, algo que me ha marcado toda la vida. Él me dijo: “Francisco, ¿De qué te sirve ganar el mundo si pierdes tu alma?” (cf. Mc 8, 35). Y esa pregunta se quedó en mi corazón como un eco que me interrogaba, que me zarandeaba y ya no me la podía sacar de la cabeza. Y ahí empezó la cosa a cambiar.

- Por tanto, a través de otro cristiano tú te planteaste más en serio tu vida cristiana. Y partir de ese momento ¿Tu vida siguió igual? A los veintitrés años ya eras catedrático de Filosofía ¿Te quedaste en la Universidad? A partir de ese encuentro especial que ocurrió dentro de ti ¿A qué te llevó?

- Sí que abracé la vida religiosa, como querían mis padres, pero no como yo pensaba al inicio. Junto con otros cinco amigos míos nos hicimos discípulos de san Ignacio e hicimos junto con él los “votos religiosos” allí en París. Y fundamos lo que fue el origen de la “Compañía de Jesús”. Queríamos hacer un voto de obediencia al Papa y por eso queríamos presentarle a él nuestra vida. Y por eso queríamos peregrinar a Roma y luego a Tierra Santa. Aquello de ser canónigo se acabó para siempre; y a mí se me quitó de la cabe-

za enseguida. Yo sólo quería servir al Señor. Después resultó que los reyes de Portugal querían hacer misiones en las Indias, donde tenían colonias. Unos compañeros míos iban a ir, y yo no, pero uno de ellos se puso enfermo e Ignacio quiso que les acompañase yo.

- Y a partir de ahí empiezan tus correrías apostólicas por India y Japón, con aquellas gentes. Me imagino que tus viajes serían más duros que el que estos jóvenes han realizado hoy desde Pozuelo del Rey a Nuevo Baztán.

- Sí, bastante más. Además estábamos descalzos, con un clima y una lluvia espantosos. De manera que el camino que hemos hecho hoy es como ir por el pasillo de casa, está “chupado”; es poca cosa. Sí, la verdad es que eran unas condiciones de vida muy duras. Fijaos: aparte de la travesía en el mar, que era muy larga y duraba meses, a veces la gente enfermaba en los barcos por las epidemias, con fiebres, y morían sin poder desembarcar; como ocurrió en el propio barco en el que yo viajé. Tuvimos que asistir a compañeros nuestros, que murieron delante de nosotros. Y después estaban las condiciones de vida de aquella gente pobre, que no tenía absolutamente nada; eran muy malas condiciones. Sin embargo, allí también estaba presente el Señor. Y allí, viviendo y compartiendo todo con Él es como verdaderamente descubrí el sentido de mi vida. El Señor me cambió la vida por completo: todo lo que yo había pensado me lo volvió del revés y, sin embargo, con Él encontré la alegría y el gozo verdaderos, que yo jamás pensé que existían, y, sin embargo, era cierto.

- Francisco-Javier fue un joven que dejó la vida terrena con sólo 46 años, después de muchos viajes dedicados a evangelizar. ¿Qué les dirías a estos jóvenes, que tienes delante de ti, y que supongo que ante las dificultades también se amedrentan a veces? ¿Qué les dirías para animarles a que no tuvieran miedo a seguir a Jesús, les pida lo que les pida?

- Bueno, esto no es fácil ¿Verdad? Fijaros: cuando estaba en la India, yo le escribía a san Ignacio, al que yo quería como mi padre, y le decía: “¡Cuánta gente aquí deja de ser bautizada y de conocer al Señor por falta de cristianos, que estén con ellos y les acompañen y enseñen la doctrina cristiana! ¡Cuánta gente deja de encontrar la alegría y la felicidad de descubrir a Dios en su vida, porque nosotros no llegamos, porque nosotros no nos entregamos! Porque no

damos la vida y no queremos seguir al Señor”. Pues bien, mi experiencia es que, como me dijo Ignacio, cuando uno entrega la vida, es cuando en realidad la gana. Que si te la quieres guardar, la perderás (cf. Lc 9, 24); que si quieres ir detrás de cosas, que crees que te van a hacer feliz, en el fondo no lo hacen. Y todos queremos ser felices ¿verdad? En el fondo ¿Sabéis por qué tenemos todos ese deseo de felicidad? Porque buscamos a Dios. Todos. Hasta el más perdido. Todos. Lo que pasa es que muchas veces no lo sabemos y no nos damos cuenta de que al que queremos es a Dios. ¡Que le queráis mucho y que vayáis detrás de Él! ¡Que os convenzáis en el corazón de que Dios es lo mejor y después entregad la vida! No hace falta que nos vayamos a la India o a China, como yo quise ir, pero sí en nuestra Parroquia ¿Verdad? O en nuestra familia, en nuestros estudios, en nuestro trabajo... Cada día, porque el Señor está también a nuestro lado.

- Muchas gracias Francisco-Javier por estar con nosotros y por estas palabras, que has dirigido a los jóvenes de nuestra Diócesis.

4. Ahora os toca a vosotros, queridos jóvenes, ser los protagonistas. ¿Qué vais a hacer con vuestra vida? ¿Os habéis encontrado con Jesús? Algunos en un ambiente familiar muy religioso, como Pablo de Tarso o Francisco-Javier. Otros quizá en un ambiente familiar menos religioso. Pero, al menos, ahora os habéis encontrado con Él, porque nos encontramos con Él cada vez que celebramos la Eucaristía.

¿Qué vais a hacer con vuestra vida? La tenéis en la palma de la mano. ¿Vais a malgastarla? ¿Vais a entregársela al Señor? ¿Vais a decirle “Señor, quiero ser tu testigo, donde Tú quieras”? Por supuesto que es posible con la fuerza del Espíritu Santo. ¿Estáis dispuestos a entregar vuestra vida al Señor? ¿Estáis dispuestos a hacer en vuestro ambiente lo que Él os pide?

El libro de los *Hechos de los Apóstoles* narra que cuando los apóstoles y discípulos predicaban y la gente convertía, se producía una gran alegría entre los hermanos (cf. *Hch* 15, 3); se alegraban de las cosas que el Señor iba haciendo a través de ellos. Os pediría que viváis con alegría. Ser cristiano es vivir con alegría en el Espíritu.

Vamos a pedirle al Señor que nos dé la fuerza y la alegría de su Espíritu, para hacer lo que Él nos pida. Pedimos la intercesión de san Pablo de Tarso y

san Francisco-Javier, para que nos ayuden a ser fieles al Señor, como ellos lo fueron.

Siempre nos acompaña la Virgen María; le pedimos también a Ella que nos acompañe de la mano en nuestro caminar. Que así sea.

CONFIRMACIONES

Día 5. Confirmaciones en la parroquia de San José (Alcalá). Vicario episcopal: Mons. Pedro-Luís Mielgo.

Día 6. Confirmaciones en la parroquia de San Sebastián Mártir (Velilla de San Antonio). Vicario episcopal: Mons. Pedro-Luís Mielgo.

Día 12. Confirmaciones en la parroquia de la Purísima Concepción (Ajalvir). Vicario general: Florentino Rueda.

Día 26. Confirmaciones en la parroquia de San José (Patones). Vicario general: Mons. Florentino Rueda.

Confirmaciones en la parroquia de San Pedro Apóstol (Fuente el Saz). Vicario general: Mons. Florentino Rueda.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

Rvdo. Sr. D. Pedro Alejandro RUANO DE LA HAZA, Capellán de Hospital del Henares, en Coslada 31/03/2008.

Rvdo. Sr. D. Juan Manuel MORENO DELGADO, Capellán de Hospital del Henares, en Coslada 31/03/2008.

Rvdo. Sr. D. José Manuel FUERTES CORRAL Capellán de Hospital del Sureste, en Arganda del Rey 31/03/2008.

Rvdo. Sr. D. Fernando José GUTIÉRREZ FERNÁNDEZ, Capellán de Hospital del Sureste, en Arganda del Rey 31/03/2008.

CESES

Rvdo. Sr. D. Pedro Alejandro RUANO DE LA HAZA, Capellán de Hospital Príncipe de Asturias, en Alcalá de Henares 31/03/2008.

DEFUNCIONES

El día 15 de marzo de 2008 falleció en Dña. Petra PEDROVIEJO CUBILLO, madre del Rvdo. Sr. D. Carlos CLEMENTE PEDROVIEJO, Coadjutor de la Parroquia de Santa María la Mayor, en Alcalá de Henares.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

CRÓNICAS

CRÓNICA DE LA JORNADA SACERDOTAL

El día quince de abril de 2008, en la Casa de Espiritualidad de “Ekumene”, en Alcalá de Henares, tuvo lugar la Jornada Sacerdotal Diocesana correspondiente al presente mes.

Comenzó el encuentro con el rezo de la “Hora Tertia” en la Capilla y un tiempo de oración personal.

A continuación, el Rector del Seminario Diocesano, M. I. Sr. D. Juan Miguel Prim, hizo una presentación de la encíclica “Spe Salvi”, de S.S. Benedicto XVI, ayudando a los sacerdotes a comprender las claves para una lectura provechosa.

Después de una serie de informaciones, tuvo lugar la comida, con la que se dio por concluida la Jornada.

CRÓNICA DE LAS CONVIVENCIAS SACERDOTALES

Del treinta de marzo al uno de abril y del veinte al veintidós de abril han tenido lugar dos Convivencias con los sacerdotes ordenados en los últimos quince años, ambas en la Casa de Ejercicios de las Religiosas Agustinas, “Villa Santa Mónica”, situada en la Urbanización Montellano, de Becerril de la Sierra.

Estas convivencias entran dentro del plan de encuentros de los presbíteros y diáconos de la Diócesis con el Obispo, con el fin de posibilitar el conocimiento mutuo y favorecer el crecimiento de una verdadera fraternidad sacerdotal, todo ello en un clima de oración y de reflexión en común.

El trabajo personal y en grupo estuvo centrado en el nuevo Catecismo para la Iniciación Cristiana, “Jesús es el Señor”. De igual modo, se afrontó la nueva situación en el modelo de financiación de la Iglesia Católica en España y la forma de llevar a cabo una buena campaña de concienciación. También se proyectó el film “El noveno día”.

El rezo de la Liturgia de las Horas y la celebración de la Eucaristía fueron momentos centrales durante las Jornadas.

Todo ello, en un clima de alegría y de hermandad.

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO ABRIL 2008

Día 1. Convivencias de sacerdotes jóvenes (Becerril-Madrid).

Día 3. Por la mañana, reunión del Consejo episcopal (Alcalá) y reunión de la Comisión para el Sosténimiento de la Iglesia (Madrid).

Por la tarde, audiencias.

Día 4. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, preside la Misa en sufragio por la madre del Rvdo.D.Carlos Clemente (Parroquia Santa María-Alcalá).

Por la noche, preside la Vigilia de oración por la Familia-Vida (Catedral-Alcalá).

Día 5. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.

Por la tarde, preside el Acto de Clausura de la Misión Infantil en la parroquia de N^a S^a del Rosario (Torrejón de Ardoz).

Por la noche, asiste al Concierto Internacional de música sacra (Catedral-Alcalá).

Día 6. Preside la Eucaristía (televisada) con motivo de las Jornadas Internacionales de Caridad y Voluntariado (Parroquia de Santa Paula-Madrid) y visita un sacerdote en el Hospital “Príncipe de Asturias” (Alcalá).

Día 7. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 8. Reunión de catequetas (Conferencia Episcopal-Madrid).

Día 9. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de San Juan de Ávila (Alcalá).

Día 10. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana y tiene un encuentro y comida con los sacerdotes de San Juan de Ávila (Alcalá).

Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de San Juan de Ávila (Alcalá).

Día 11. Visita pastoral a la parroquia de San Juan de Ávila (Alcalá).

Día 12. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia diocesana.
Por la tarde, Visita pastoral a la parroquia de San Juan de Ávila (Alcalá).

Día 13. Visita pastoral a la parroquia de San Juan de Ávila (Alcalá).

Día 14. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 15. Concelebra en la misa en sufragio de la madre de Mons. Javier Salinas, Obispo de Tortosa (Tortosa).

Día 16. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 17. Por la mañana, reunión del Consejo episcopal.
Por la tarde, Jornada diocesana de Profesores (Palacio episcopal).
Por la noche, asiste a la Conferencia del Card. Luís Martínez Sistach (Siglo Club XXI-Madrid).

Día 18. Audiencias.

Día 19. Encuentro Diocesano de Jóvenes (Nuevo Baztán).

Días 20-21. Preside la Convivencia de sacerdotes jóvenes (Becerril – Madrid).

Día 22. Participa en la Reunión de la Comisión Mixta de Patrimonio (Madrid).

Día 23. Asiste al Acto de Entrega del “Premio Cervantes” (Universidad-Alcalá).

Día 24. Reunión del Consejo diocesano de “Caritas”.

Día 25. Audiencias.

Día 26. Por la mañana, preside el Encuentro diocesano de catequistas (Palacio episcopal-Alcalá).
Por la noche, asiste al concierto de música sacra (Catedral-Alcalá).

Día 27. *IX Aniversario del nombramiento de Mons. Jesús Catalá como Obispo de Alcalá.*

Días 28-30. Preside las Jornadas de Vicarios diocesanos de Pastoral (El Escorial-Madrid).

SR. OBISPO

**CONGRESO DIOCESANO
DE APOSTOLADO SEGLAR**

(26 de Abril de 2008)

“Os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca” (Jn. 15, 16). Estas palabras del Señor son el lema de nuestro Congreso. En ellas nos llama y nos elige para estar con Él y para dar fruto: un fruto que depende de nuestra unión con Él. En la imagen bíblica de la vid y los sarmientos el Señor nos hace comprender que sólo unidos a Él nuestra vida será fecunda: “Yo soy la vid y vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en Él, ese da mucho fruto” (Jn. 15,5). La comunión con Jesús, de la cual deriva la comunión de los cristianos entre sí, es condición absolutamente indispensable para dar fruto. “Separados de Mí, no podéis hacer nada”

Esta comunión con Jesús y con los hermanos es ante todo una comunión misionera. “Os he elegido para que vayáis y deis fruto”. El fruto es la misión. La comunión y la misión están profundamente unidas. La Iglesia sabe que esa comunión que le ha sido dada como un don del Espíritu, tiene un destino universal: “Que todos sean uno” (Jn: 17,21)

Este Congreso que estamos celebrando tiene que ayudarnos, sobre todo, a fortalecer la comunión y a experimentar una fuerte llamada a la misión. Hemos de

sentirnos enviados, cada uno desde su vocación específica, a la evangelización del mundo. Este Congreso nos ayudará especialmente a profundizar en la vocación propia de los laicos.

Evangelizar es servir al hombre. La Iglesia está llamada, a causa de su misión evangelizadora, a servir al hombre. El hombre, el servicio del hombre, es el camino principal que la Iglesia tiene para el cumplimiento de su misión: hacer más humana la vida y la historia de los hombres. Y en esta contribución de servicio a la familia humana los fieles laicos ocupan, a causa de la índole secular que es propia de su misión, ~~ocupan~~ un lugar muy destacado y peculiar. Nos podemos fijar en algunas de las tareas más importantes que el Papa Juan Pablo II señala para los laicos en su Exhortación Postsinodal *Christifideles laici*²² (cf. Ch-L: 37-44)

1.- Promover la dignidad de la persona humana: redescubrir y hacer redescubrir la dignidad inviolable de cada persona humana. La persona humana es el centro y el vértice de todo lo que existe sobre la tierra y por eso el fundamento de la doctrina social de la Iglesia. Una doctrina que los fieles laicos deben conocer, meditar, vivir y propagar. Cualquier ofensa a la dignidad personal del ser humano es una ofensa al Creador.

2.- Venerar el inviolable derecho a la vida. La Iglesia cree firmemente que la vida humana, aunque sea una vida enferma o débil, siempre es un don espléndido de la bondad de Dios. Por lo tanto la defensa de la vida y el anuncio del evangelio de la vida es una urgente tarea de todos. Pero lo es, de una manera especial, de los padres, de los educadores, de los que trabajan en el campo de la enfermería o de la medicina y de los que ~~detentan~~ ^{detentan} el poder económico y político.

3.- Reconocer la dimensión religiosa del hombre y su apertura a la trascendencia. No es ésta una exigencia puramente confesional, sino una exigencia que encuentra su raíz en la naturaleza misma ~~ma~~ del hombre. La relación con Dios es un elemento constitutivo del mismo ser del hombre. Es en Dios “donde vivimos, nos movemos y existimos” (ActHech: 17,28). Y, si no todos creen en esta verdad, los que estamos convencidos de ella, tenemos el derecho y el deber de ser respetados en nuestra fe y en el modo de vivir tanto personal como comunitario que se deriva de ella. El derecho a la libertad de conciencia, sobre todo en lo que se refiere a la educación de los hijos; que, en estos días

está de plena actualidad con motivo de la llamada “Educación para la Ciudadanía”, es algo irrenunciable.

4.- El apoyo y la ayuda a la familia. El matrimonio y la familia constituyen el primer campo para el compromiso social de los fieles laicos. Y es un compromiso que sólo puede llevarse a cabo teniendo la convicción del valor único e insustituible de la familia, tal como fue concebida en el plan de Dios y ha sido iluminada por la revelación cristiana.; para el desarrollo de la sociedad y de la Iglesia. Urge una labor amplia, profunda y sistemática sostenida no sólo por la cultura, sino también por medios económicos e instrumentos legislativos dirigida a asegurar a las familias su papel de lugar primario de humanización de la persona y de la sociedad.

5.- Vivir la caridad como alma y apoyo de la solidaridad entre los hombres. Con la caridad hacia el prójimo los fieles laicos viven y manifiestan su participación en la realeza de Cristo, esto es en el poder del Hijo del Hombre, que no ha venido a ser servido sino a servir” (Mt: 10,45). La caridad es el don más grande que El espíritu hace a la Iglesia. “Si no tengo amor, no soy nada” (I Cor 13).

6.- Animar cristianamente el orden temporal. Los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la vida pública, es decir, de la participación en la múltiple y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural. En las distintas mesas de reflexión que tendremos en este Congreso, recibiremos el testimonio de muchos cristianos laicos que están trabajando en todas estas actividades. La vida pública, en la que los cristianos hemos de estar presentes, está destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común, entendiendo el bien común como el bien que abarca a todos los hombres y a todo el hombre, en todas sus dimensiones, incluyendo la dimensión trascendente.

7.- Situar al hombre en el centro de la vida económica y social. Este criterio, como señalábamos antes es el fundamento de la doctrina social de la Iglesia. Hemos de trabajar todos, cada uno desde el lugar en el que Dios le ha puesto, por resolver los gravísimos problemas que se derivan de cuestiones tan importantes como, por ejemplo, el desempleo -que vuelve a crecer-, y hemos de participar en el esfuerzo para superar las injusticias que se dan en el mundo del trabajo y para convertir el lugar del trabajo en una comunidad de personas.

Podemos concluir diciendo que nuestra gran tarea es evangelizar la cultura y las culturas del hombre. Vivimos momentos de una gran decadencia cultural. Se

nos está imponiendo, casi sin darnos cuenta, un modo de vivir que degrada al hombre y va en contra de derechos muy sagrados del hombre. Evangelizar la cultura es hacer todo lo posible, con los medios que tenemos, para alcanzar y transformar con la fuerza del evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y con su Plan de Salvación. La ruptura entre el evangelio y la cultura es, sin duda el drama de nuestra época. Es necesario, por tanto, hacer esfuerzos a favor de una verdadera evangelización de la cultura o más exactamente de las culturas.

SR. OBISPO AUXILIAR

CONGRESO DE APOSTOLADO SEGLAR

DOM VI DE PASCUA 27. 04. 2008

¡Con que satisfacción escuchamos a Jesús que dice: “Yo le pediré al Padre que os de otro Defensor que esté siempre con vosotros, el Espíritu de la Verdad”. Jesús, antes de volver al Padre, nos hace una extraordinaria promesa: Él no nos ha dejado solos, nos ha prometido su Espíritu para que esté siempre con nosotros. El desea que vivamos en la verdad. Él que nos dijo: “Yo soy la Verdad”, al darnos a conocer su Espíritu Santo lo llama el “Espíritu de la verdad”, que al tiempo es su amor.

Queridos sacerdotes, y, especialmente, los fieles laicos que participáis en este Congreso Diocesano sobre Apostolado Seglar.

Cuanto celebramos hoy la eucaristía en este VI domingo de Pascua, hemos escuchado la Palabra de Dios que nos anuncia, con las diferentes voces de las tres lecturas, la promesa del Espíritu Santo y las maravillas de su acción posterior en la Iglesia y en el mundo. Este es el momento de abrir nuestro corazón a Dios e invocar su ayuda para que también entre nosotros, -en este Congreso de nuestra Diócesis presente aquí a la escucha de su voluntad-, obre las maravillas de aquella efusión del Espíritu Santo que vino por la imposición de las manos de los apóstoles, como nos recuerda el libro de los Hechos (8,5-8. 14-17). Allí aconteció como un

nuevo Pentecostés en miniatura, después del anuncio del evangelio, realizó la promesa de Jesús por la que el Espíritu Santo se hace presente y anima la vida entera de cada comunidad.

“Todos veían los signos que hacía” Felipe. La actividad misionera de la Iglesia, dirigida por el colegio apostólico desde el comienzo, -efectuado por Pedro mismo, Juan y el diácono Felipe- produce, desde entonces, el gozo de la libertad concreta por donde pasa, una existencia redimida. Esta es la misión de la Iglesia del Resucitado, que, como acabamos de oír, vive realizando el proyecto de evangelización trazado por el mismo Cristo, que no conoce barreras políticas o culturales.

“La ciudad se llenó de alegría”. La alegría de la fe que llena nuestro mundo con el evangelio procede de que cada uno es querido por Dios. Ante el reto de un mundo falto de esperanza debemos de presentar la alegría que nace de la fe y de la experiencia del amor de Dios. Cristo mismo, que sigue vivo y activo por su Espíritu, devuelve a todos la esperanza de la salvación y de la vida eterna, como fruto de la conversión a la verdad que nos hace libres, eclipsada frecuentemente en nuestro tiempo, y que supera las ideologías. También hoy Cristo sale al encuentro de cada uno, buscando a los mendigos del fin último de su existencia, a cada persona necesitada de redención y de respuestas a sus interrogantes, de consuelo en sus heridas y de sentido en sus gozos, y que encuentran en este momento de nuestra historia una especial dificultad para encontrarle por las barreras del materialismo, del individualismo y del relativismo.

Vemos a nuestro alrededor una gran falta de fe. La crisis que sufre la verdad –ha dicho recientemente el Papa- es una crisis de fe, y la misión de la Iglesia es ayudar a la humanidad a alcanzar la verdad. Nuestro desafío más urgente es comunicar la alegría que nace de la fe y de la experiencia del amor de Dios (cf. Benedicto XVI, *Discurso a los universitarios católicos*, USA 19/04/2008).

El mundo necesita el testimonio de los cristianos, su apostolado y su actuación. ¿Quién puede negar que vivimos un momento decisivo para la Iglesia y para la sociedad en su conjunto? Es un tiempo precioso, lleno de grandes promesas, pero también preocupante por los grandes problemas, patentes en signos de alienación, de violencia y manipulación, en grandes esclavitudes de muchos contemporáneos nuestros; en el debilitamiento del sentido moral, la vulgaridad en las relaciones sociales y el creciente olvido de Dios.

La Iglesia ve también, sin duda, los signos de esperanza, por ejemplo, en tantas parroquias, verdaderas comunidades vivas de nuestra diócesis, en pujantes movimientos, en el entusiasmo por la fe que demuestran muchos jóvenes, en el número de los que cada año abrazan la fe católica en todo el mundo y en un interés cada vez más grande por la oración y por la catequesis, en los trabajos misioneros, en el gran tejido cristiano de caridad que lleva su consuelo a los necesitados, enfermos, pobres, encarcelados, emigrantes, ancianos, parados.

Demos gracias a Dios porque día a día –como ha sucedido también en la preparación de este Congreso- vamos recuperando la conciencia de la novedad de la vida cristiana, el convencimiento de ser como el “alma” de la humanidad (cf. Carta a Diogneto) y la avanzada más clara y decisiva de nuestra sociedad, que anhela un progreso que le humanice, necesitada de esperanza y amor. Necesitamos, pues, para ser apóstoles la gracia y la luz del “Espíritu de la Verdad” para afirmar la verdad de la revelación cristiana, la armonía entre la fe y la razón, una sana comprensión de la libertad no reductiva y destructora –como la promueven quienes ven al hombre como un simple objeto, una voluntad de poder o un ser insaciable de placer-, sino liberándolo de las limitaciones del pecado para una vida auténtica y plena que le eleva a sus más altas posibilidades queridas por Dios. La libertad no se puede alcanzar alejándose de Dios.

En el Evangelio Cristo nos ha dado a conocer su testamento (Jn 14, 15-21): permanecer fieles a sus mandamientos es la señal de que se ama a Jesús. “Si me amáis guardaréis mis mandamientos”. Es, pues, absolutamente necesaria una coherencia entre la fe y la vida. Los cristianos nos abrimos a la fuerza del Espíritu y a la transformación del Evangelio cuando la fe impregna cada aspecto de la vida. Entonces los fieles, especialmente los laicos, pueden actuar mejor como levadura de la sociedad. Nuestro lugar es el mundo, que nos reclama dramáticamente y nos necesita. No podemos desertar de él. Sólo así responderemos a la vocación y misión que Dios nos confía.

Necesitamos tener siempre con nosotros a este “consolador” que Nuestro Señor nos envía en la oscuridad del tiempo presente, hasta que vuelva el Señor. La promesa que Cristo nos hace, y que veremos realizada en Pentecostés, hace que continúe en la historia su presencia y revelación. Cada día somos más conscientes de su acción. El Espíritu tiene el papel del mismo Cristo, que nos fortalece y regala al Padre, pero que también obra la cohesión de la Iglesia, y le hace acoger el don del amor (v.21). El Espíritu Santo mantiene vivo el mensaje de Cristo y nos da la

unión en el amor. El abre antes que nosotros la puerta de cada corazón para acogerle, así como las de la Iglesia, para recibir a todos en el hogar de los hijos de Dios.

Estamos llamados, por consiguiente, a ser miembros de una comunidad redimida, que debe superar los individualismos que frenan la eficacia de nuestra misión, y pueden desvirtuar la piedad. El que obra la unidad en su cuerpo nos quiere unidos para mostrar la belleza del amor de Dios, que se derrama en el testimonio de la caridad afectiva y efectiva que vivimos por la comunión, este signo característico de Dios y nuestro. Así, con una gran confianza, valorando todos los carismas y respetando cada vocación, gozarnos de la riqueza de la Iglesia. En una sociedad que da mucho valor a la libertad personal y a la autonomía es fácil perder de vista nuestra dependencia de los demás, o la responsabilidad de cada uno en detrimento de la pertenencia a la comunidad redimida. La fe cristiana es esencialmente eclesial, como sabemos, y sin un vínculo vivo con la comunidad, la fe del individuo nunca crecerá hasta la madurez. Somos seres sociales que se realizan solamente en el amor a Dios y al prójimo. Si queremos tener verdaderamente fija la mirada en Él, fuente de nuestra alegría, tenemos que hacerlo como miembros del Pueblo de Dios (cf. *Spe salvi*, 14), con toda su riqueza y diversidad, pero unidos con un solo corazón. superando ciertas incomprensiones y los prejuicios de quienes pretenden acomodar a la Iglesia los criterios del mundo.

Evangelizar la cultura es un gran desafío que quizá parece que nos desborda, pero está a nuestro alcance, ciertamente, fomentar ya la armonía profunda de la fe y la razón, y mostrar la preciosa visión del hombre y de la vida auténticamente cristiana con un modo profundo de pensar, coherente con el Evangelio de Cristo y unidos al Magisterio de la Iglesia, y mostrar una cultura auténticamente nueva para un mundo disgregado y enfrentado por el egoísmo y la búsqueda de sí mismo. Pidamos, pues, insistentemente la poderosa intervención de Dios. Sería una mera ilusión creer que podemos saciar únicamente con nuestros propios esfuerzos la profunda sed de Dios que tiene la humanidad. Necesitamos de Dios y de su gracia: El nos da lo que nosotros no podemos alcanzar (cf. *Spe salvi*, 31), y para ello nos inserta en su cuerpo, que es la Iglesia, para darnos sus bienes y convertirnos en don.

La carta de Pedro (1Pe 3,15-18) alude a la difícil situación de los cristianos y les anima a “dar razón de su esperanza con mansedumbre y respeto”. La seguridad de la Iglesia, que sufre igual que padeció Cristo, nace de la victoria de Cristo resucitado, y que venció el pecado y la injusticia. La Iglesia no está sola ante las acusaciones del mundo: tiene el mejor abogado defensor, al Paráclito que consuela

e impulsa a la comunidad con la fuerza de Dios. La vivencia de la Pascua debe hacernos universales, abiertos “a todos”, positivos, reconciliadores, respetuosos, tolerantes con “dulzura”, y generosos para sufrir, si es necesario, haciendo el bien. Dar razón de nuestra esperanza es “consolar” y “defender” ya al mundo. Somos ya consoladores por el hecho de glorificar a Cristo en nuestros corazones, embajadores de quien ha venido a salvar.

San Pedro nos exhorta a dar respuesta (literalmente a hacer *apo-logía*), a dar razón de la fe a cuantos preguntan por el *logos*, la razón de nuestra fe. En su tiempo aquello suponía mostrar a la cultura griega y romana la razón única de Dios que cribaba sus propios argumentos. Hoy debemos hacer lo mismo, también con gran apertura de mente, pero con un cuidadoso discernimiento del pensamiento actual. El papel de los fieles laicos es crucial para actuar como “levadura” en la sociedad, pero, para ello, debemos abrir las mentes y los corazones de la sociedad a la verdad moral, fuertemente herida por el relativismo que amenaza ya a los más elementales derechos humanos. Es indispensable, por ello, ofrecer un testimonio claro y unitario ante muchas leyes vigentes o en discusión, muy preocupantes desde el punto de vista de la moralidad. Necesitamos, pues, una sólida formación de la fe para no correr el riesgo de que nos parezca superada. Ante los desafíos éticos nuevos es más importante que nunca comprender las enseñanzas morales de la Iglesia, que afectan directamente a todas las facetas de la existencia: la vida, la familia, la salud, el trabajo, y hasta el ocio y la diversión. Dios nos pide el apostolado de saber orientar con auténtico discernimiento cada situación humana, para que produzca frutos abundantes. Si de verdad queremos promover el bien integral de las personas, todo ha de renovarse en Cristo, nuestra esperanza.

Hemos acogido el desafío del Concilio Vaticano II que ya ha dado tantos frutos entre nosotros. Hoy nuestra Iglesia es más valiente, más libre, más joven y, sin miedo al futuro. Quisiéramos ser fieles al Señor y a la misión que nos confía, afrontar los retos de una cultura cada vez más secularizada y materialista, pero dependerá en gran parte de nuestra fidelidad personal al transmitir el tesoro de nuestra fe católica y de nuestro ardor apostólico, fruto de la caridad.

Hemos sido bendecidos con un laicado católico de que dedica sus numerosos talentos al servicio de la Iglesia y de la sociedad en general. Nuestra asamblea muestra de ello. Es evidente estamos llamados continuamente a cultivar una profunda relación con Cristo, que ha venido para que tuviéramos la vida en abundancia (cf. Jn 10,10). La meta de toda nuestra actividad pastoral y catequética, el

objeto de nuestra predicación y el centro mismo de nuestro apostolado ha de ser ayudar a las personas a establecer y alimentar semejante relación vital con “Jesucristo nuestra esperanza” (1 Tm 1,1) (Cf. Ben16, *A los obispos de USA*, 17 04 08), empaparnos de su amor, amar con El.

“Señor, envía tu Espíritu y renueva la faz de la tierra” (cf. Sal 104,30). El Espíritu Santo ha sido infundido como primicia de una nueva creación, de los “cielos nuevos y la tierra nueva” (cf. 2 P 3,13; Ap 21, 1) en los que reinará la paz de Dios y la familia humana será reconciliada en la justicia y en el amor. Pidámosle insistentemente la paciencia, la perseverancia y la confianza en la gracia para trabajar con alegría preparando el camino a Cristo; que seamos fieles a su palabra para convertirnos a su voluntad. Que sea renovada nuestra Iglesia de Getafe en este mismo Espíritu que le ayude en su misión de anunciar el Evangelio a un mundo que tiene nostalgia de una genuina libertad (cf. Jn 8,32), de una felicidad auténtica, del verdadero amor y del cumplimiento de sus aspiraciones más profundas.

Omnia mecum porto, decía un antiguo adagio, y podríamos repetir nosotros como cristianos apostólicos: llevo sobre mi todas las cosas, a todas las personas, sus problemas y preocupaciones. Pero, antes que nadie, lo vivió así María, que “guardaba todas las cosas en su corazón” y ahora nos lleva a todos. La Esposa del Espíritu Santo, Ntra Sra de los Apóstoles, es la estrella de la evangelización. A ella nos confiamos para que nos haga valientes y humildes, sin reparos para “soñar” en el mundo que Dios quiere e ir a el.

¡Gracias, Señor, por habernos prometido que estarás siempre con nosotros! Tu nunca nos olvidas! Ayúdanos a estar siempre contigo, fieles a nuestra vocación. Que nunca nos separemos de Ti para que seamos una Iglesia abierta y preocupada por todos, sobre todo por los pobres y los que sufren; haznos misioneros llenos de imaginación y valentía para hacerte presente en público y mostrar, con la santidad y la belleza, el valor de la Redención.

AMEN.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETOS

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO OBISPO DE GETAFE

La Iglesia diocesana al celebrar a sus santos propios manifiesta la riqueza de dones y carismas del Espíritu e invita a todo el Pueblo de Dios a vivir los compromisos bautismales para ser santos, como sólo Dios es Santo.

La Santa Sede, a instancias mías, aprobó un nuevo Calendario diocesano y los textos litúrgicos propios para la Liturgia de las Horas, para el Misal y para el Leccionario, con fecha de 24 de febrero de 2007. El n° 55. de *Las normas universales sobre el año litúrgico y sobre el calendario* establece que «las celebraciones del Calendario propio han de ser observadas por todos los que están obligados a dicho Calendario y, si no es con la aprobación de la Sede Apostólica, no podrán quitar del Calendario ni cambiar de grado tales celebraciones».

Por lo tanto, habiendo sido editados en nuestra Diócesis el nuevo Calendario y los Textos litúrgicos propios, a los que aludimos más arriba, y teniendo en

cuenta la utilidad y el bien pastoral para el Pueblo de Dios, a tenor del c. 31, emito el siguiente

DECRETO EJECUTORIO

Que a partir del día 4 de MAYO, memoria de san José María Rubio, presbítero, se observe el nuevo Calendario y se celebre con los Textos litúrgicos propios aprobados por la Sede Apostólica, en todas las parroquias y lugares de culto de la Diócesis, teniendo en cuenta que se ha de observar el Propio del tiempo, o ciclo temporal, de las solemnidades o fiestas del Calendario universal, valorando en cada caso el orden y la establecidos para cada caso en la tabla de los días litúrgicos.

En Getafe, a veinticuatro de abril de dos mil ocho, en la memoria de San Benito Menni, presbítero, Tercer aniversario del inicio del Pontificado de Benedicto XVI.

† Joaquín María López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller Secretario

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO

Por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica

OBISPO DE GETAFE

RVDO. D. JOSÉ JUAN LOZANO CARRASCO

El Movimiento de Apostolado Seglar de Jubilados y Mayores «Vida Ascendente» tiene como objetivo llevar el mensaje evangélico á los Jubilados y Mayores, bajo las tres coordenadas fundamentales de espiritualidad, apostolado y amistad. Prevé, en sus Estatutos, que se nombre un Consiliario Diocesano *«responsable de la formación para el Movimiento y de la coordinación de los Consiliarios en la Diócesis»* (artículo 44) *«acompañar a los miembros de Vida Ascendente en la fe, en la formación espiritual y en la evangelización»* (artículo 39); de este modo *«animará en el Movimiento la comunión y corresponsabilidad de sus miembros, así como su participación activa y evangelizadora en el mundo»* (artículo 40). .

Conociendo tus cualidades humanas y tu celo apostólico, por las presentes y por cuatro años, te nombro

CONSILIARIO DIOCESANO DE VIDA ASCENDENTE

Confía para el desempeño de esta tarea en la oración de la Iglesia y en la bendición de tu Obispo.

Getafe a 4 de mayo de 2008 en la memoria de San José María Rubio.

† Joaquín María López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller Secretario

LICENCIA

JOAQUÍN MARÍA LÓPEZ DE ANDÚJAR Y CÁNOVAS DEL CASTILLO OBISPO DE GETAFE

Vista la petición que me hace D. Ángel Gómez de la Torre, Director local del Hogar de Getafe, de los Cruzados de Santa María, con fecha 25 de marzo de 2008, y visto el informe favorable de D. José Ángel García Botello, Párroco de la Parroquia San Pablo de Getafe,

CONCEDO LICENCIA

a tenor de los cánones 934 y 1223-1225 del Código de Derecho Canónico, para erigir un Oratorio privado y reservar la Santísima Eucaristía, en el Hogar de los Cruzados de Santa María, calle Yuca nº 1 en Getafe.

Obsérvense las prescripciones establecidas en los libros litúrgicos y en el Código de Derecho Canónico sobre la reserva y veneración de la Santísima Eucaristía.

El oratorio no podrá ser destinado a usos profanos (c. 1224 CDC).

En Getafe a 1 de abril de 2008.

† Joaquín María López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo de Getafe

Por mandato de S.E. Rvdma.
Francisco Armenteros Montiel
Canciller Secretario

INFORMACIONES

El Movimiento de Jóvenes de Acción Católica en colaboración con la Delegación diocesana de Juventud, la Delegación de Pastoral Universitaria, la Delegación diocesana de Asociaciones de Fieles y el Centro Diocesano de Teología han organizado el XI Curso de Teología para jóvenes, con el lema “Os he destinado para que vayáis y déis fruto”.

Rozas de Puerto Real, desde el 3 al 13 de agosto de 2008.

Conferencias, actividades culturales y creativas, oración, cine forum, deporte y muchas horas de convivencia componen estas jornadas de formación que se desarrollarán en un marco natural incomparable.

La fecha de preinscripción es del 15 de abril al 31 de mayo y la inscripción del 2 de junio al 15 de julio.

Precio: 215 euros, en pensión completa.



MENSAJE DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI
PARA LA XLV JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN
POR LAS VOCACIONES

13 DE ABRIL DE 2008 – IV DOMINGO DE PASCUA

Tema: «Las vocaciones al servicio de la Iglesia–misión»

Queridos hermanos y hermanas:

1. Para la Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, que se celebrará el 13 de abril de 2008, he escogido como tema: Las vocaciones al servicio de la Iglesia–misión. Jesús Resucitado confió a los Apóstoles el mensaje: «Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo» (Mt 28, 19), garantizándoles: «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mt 28, 20). La Iglesia es misionera en su conjunto y en cada uno de sus miembros. Si por los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación cada cristiano está llamado a dar testimonio y a anunciar el Evangelio, la dimensión misionera está especial e íntimamente unida a la vocación sacerdotal. En la alianza con Israel, Dios confió a hombres escogidos, llamados por Él y enviados al pueblo en su nombre, la misión profética y sacerdotal. Así lo hizo,

por ejemplo, con Moisés: «Ve, pues, –le dijo el Señor– yo te envío al faraón para que saques de Egipto a mi pueblo... cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, me daréis culto en este monte» (Ex 3, 10.12). Y lo mismo hizo con los profetas.

2. Las promesas hechas a los padres se realizaron plenamente en Jesucristo. A este respecto, el Concilio Vaticano II dice: «Vino, pues, el Hijo, enviado por el Padre, que nos eligió en Él antes de la creación del mundo, y nos predestinó a ser sus hijos adoptivos... Cristo, por tanto, para hacer la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio, y nos redimió con su obediencia» (Const. dogm. *Lumen gentium*, 3). Y Jesús escogió como estrechos colaboradores suyos en el ministerio mesiánico a unos discípulos, ya en su vida pública, durante la predicación en Galilea. Por ejemplo, cuando en la multiplicación de los panes, dijo a los Apóstoles: «Dadles vosotros de comer» (Mt 14, 16), impulsándolos así a hacerse cargo de las necesidades del gentío, al que quería ofrecer pan que lo saciara, pero también revelar el pan «que perdura, dando vida eterna» (Jn 6, 27). Al ver a la gente, sintió compasión de ellos, porque mientras recorría pueblos y ciudades, los encontraba cansados y abatidos «como ovejas que no tienen pastor» (cf. Mt 9, 36). De aquella mirada de amor brotaba la invitación a los discípulos: «Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38), y envió a los Doce «a la ovejas perdidas de Israel», con instrucciones precisas. Si nos detenemos a meditar el pasaje del Evangelio de Mateo denominado «discurso misionero», descubrimos todos los aspectos que caracterizan la actividad misionera de una comunidad cristiana que quiera permanecer fiel al ejemplo y a las enseñanzas de Jesús. Corresponder a la llamada del Señor comporta afrontar con prudencia y sencillez cualquier peligro e incluso persecuciones, ya que «un discípulo no es más que su maestro, ni un esclavo más que su amo» (Mt 10, 24). Al hacerse una sola cosa con el Maestro, los discípulos ya no están solos para anunciar el Reino de los cielos, sino que el mismo Jesús es quien actúa en ellos: «El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado» (Mt 10, 40). Y además, como verdaderos testigos, «revestidos de la fuerza que viene de lo alto» (cf. Lc 24, 49), predicán «la conversión y el perdón de los pecados» (Lc 24, 47) a todo el mundo.

3. Precisamente porque el Señor los envía, los Doce son llamados «apóstoles», destinados a recorrer los caminos del mundo anunciando el Evangelio como testigos de la muerte y resurrección de Cristo. San Pablo escribe a los cristianos de Corinto: «Nosotros –es decir, los Apóstoles– predicamos a Cristo crucificado» (1 Co 1, 23). En ese proceso de evangelización, el libro de los Hechos de los Apósto-

les atribuye un papel muy importante también a otros discípulos, cuya vocación misionera brota de circunstancias providenciales, incluso dolorosas, como el ser expulsados de la propia tierra por ser seguidores de Jesús (cf. 8, 1-4). El Espíritu Santo permite que esta prueba se transforme en ocasión de gracia, y se convierta en oportunidad para que el nombre del Señor sea anunciado a otras gentes y se ensanche así el círculo de la comunidad cristiana. Se trata de hombres y mujeres que, como escribe Lucas en el libro de los Hechos, «han dedicado su vida a la causa de nuestro Señor Jesucristo» (15, 26). El primero de todos, llamado por el mismo Señor a ser un verdadero Apóstol, es sin duda alguna Pablo de Tarso. La historia de Pablo, el mayor misionero de todos los tiempos, lleva a descubrir, bajo muchos puntos de vista, el vínculo que existe entre vocación y misión. Acusado por sus adversarios de no estar autorizado para el apostolado, recurre repetidas veces precisamente a la vocación recibida directamente del Señor (cf. Rm 1, 1; Ga 1, 11-12.15-17).

4. Al principio, como también después, lo que «apremia» a los Apóstoles (cf. 2 Co 5, 14) es siempre «el amor de Cristo». Fieles servidores de la Iglesia, dóciles a la acción del Espíritu Santo, innumerables misioneros han seguido a lo largo de los siglos las huellas de los primeros apóstoles. El Concilio Vaticano II hace notar que «aunque la tarea de propagar la fe incumbe a todo discípulo de Cristo según su condición, Cristo Señor llama siempre de entre sus discípulos a los que quiere para que estén con Él y para enviarlos a predicar a las gentes (cf. Mc 3, 13-15)» (Decr. *Ad gentes*, 23). El amor de Cristo, de hecho, viene comunicado a los hermanos con ejemplos y palabras; con toda la vida. «La vocación especial de los misioneros *ad vitam* –escribió mi venerado predecesor Juan Pablo II– conserva toda su validez: representa el paradigma del compromiso misionero de la Iglesia, que siempre necesita donaciones radicales y totales, impulsos nuevos y valientes» (Encl. *Redemptoris missio*, 66).

5. Entre las personas dedicadas totalmente al servicio del Evangelio se encuentran de modo particular los sacerdotes llamados a proclamar la Palabra de Dios, administrar los sacramentos, especialmente la Eucaristía y la Reconciliación, entregados al servicio de los más pequeños, de los enfermos, de los que sufren, de los pobres y de cuantos pasan por momentos difíciles en regiones de la tierra donde hay tal vez multitudes que aún hoy no han tenido un verdadero encuentro con Jesucristo. A ellos, los misioneros llevan el primer anuncio de su amor redentor. Las estadísticas indican que el número de bautizados aumenta cada año gracias a la acción pastoral de esos sacerdotes, totalmente consagrados a la salvación de los

hermanos. En ese contexto, se expresa un agradecimiento especial «a los presbíteros fidei donum, que con competencia y generosa dedicación, sin escatimar energías en el servicio a la misión de la Iglesia, edifican la comunidad anunciando la Palabra de Dios y partiendo el Pan de Vida. Hay que dar gracias a Dios por tantos sacerdotes que han sufrido hasta el sacrificio de la propia vida por servir a Cristo... Se trata de testimonios conmovedores que pueden impulsar a muchos jóvenes a seguir a Cristo y a dar su vida por los demás, encontrando así la vida verdadera» (Exhort. apost. *Sacramentum caritatis*, 26). A través de sus sacerdotes, Jesús se hace presente entre los hombres de hoy hasta los confines últimos de la tierra.

6. Siempre ha habido en la Iglesia muchos hombres y mujeres que, movidos por la acción del Espíritu Santo, han escogido vivir el Evangelio con radicalidad, haciendo profesión de los votos de castidad, pobreza y obediencia. Esas pléyades de religiosos y religiosas, pertenecientes a innumerables Institutos de vida contemplativa y activa, «han tenido hasta ahora y siguen teniendo gran participación en la evangelización del mundo» (Decr. *Ad gentes*, 40). Con su oración continua y comunitaria, los religiosos de vida contemplativa interceden incesantemente por toda la humanidad; los de vida activa, con su multiforme acción caritativa, dan a todos el testimonio vivo del amor y de la misericordia de Dios. Refiriéndose a estos apóstoles de nuestro tiempo, el Siervo de Dios Pablo VI escribió: «Gracias a su consagración religiosa, ellos son, por excelencia, voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Ellos son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su santidad y su propia vida. Sí, en verdad, la Iglesia les debe muchísimo» (Exhort. apost. *Evangelii nuntiandi*, 69).

7. Además, para que la Iglesia pueda continuar y desarrollar la misión que Cristo le confió, y no falten los evangelizadores que el mundo tanto necesita, es preciso que nunca deje de haber en las comunidades cristianas una constante educación en la fe de los niños y de los adultos; es necesario mantener vivo en los fieles un sentido activo de responsabilidad misional y una participación solidaria con los pueblos de toda la tierra. El don de la fe llama a todos los cristianos a cooperar en la evangelización. Esta toma de conciencia se alimenta por medio de la predicación y la catequesis, la liturgia y una constante formación en la oración; se incrementa con el ejercicio de la acogida, de la caridad, del acompañamiento espiritual, de la

reflexión y del discernimiento, así como de la planificación pastoral, una de cuyas partes integrantes es la atención vocacional.

8. Las vocaciones al sacerdocio ministerial y a la vida consagrada sólo florecen en un terreno espiritualmente bien cultivado. De hecho, las comunidades cristianas que viven intensamente la dimensión misionera del ministerio de la Iglesia nunca se cerrarán en sí mismas. La misión, como testimonio del amor divino, resulta especialmente eficaz cuando se comparte «para que el mundo crea» (cf. Jn 17, 21). El don de la vocación es un don que la Iglesia implora cada día al Espíritu Santo. Como en los comienzos, reunida en torno a la Virgen María, Reina de los Apóstoles, la comunidad eclesial aprende de ella a pedir al Señor que florezcan nuevos apóstoles que sepan vivir la fe y el amor necesarios para la misión.

9. Mientras confío esta reflexión a todas las Comunidades eclesiales, para que la hagan suya y, sobre todo, les sirva de inspiración para la oración, aliento el esfuerzo de cuantos trabajan con fe y generosidad en favor de las vocaciones, y envío de corazón a los educadores, a los catequistas y a todos, especialmente a los jóvenes en etapa vocacional, una especial Bendición Apostólica.

Vaticano, 3 diciembre 2007

**VIAJE APOSTÓLICO DEL PAPA BENEDICTO XVI
A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
Y VISITA A LA SEDE DE LA ORGANIZACIÓN
DE LAS NACIONES UNIDAS**

**CELEBRACIÓN DE LAS VÍSPERAS Y ENCUENTRO
CON LOS OBISPOS DE ESTADOS UNIDOS**

DISCURSO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

**Santuario Nacional de la Inmaculada Concepción de
Washington, D.C.**

Miércoles 16 de abril de 2008

Queridos Hermanos Obispos:

Grande es mi alegría al saludaros hoy, al principio de mi visita en este País, a la vez que doy las gracias al Cardenal George por las amables palabras que me ha dirigido en nombre vuestro. Deseo agradecer a cada uno de vosotros, especialmente a los Oficiales de la Conferencia Episcopal, el intenso trabajo que habéis afrontado para la preparación de este viaje. Expreso también mi reconocimiento al personal y a los voluntarios del Santuario Nacional, los cuales nos han acogido aquí esta tarde. Los católicos de América son conocidos por su afecto leal a la Sede de Pedro. Mi visita pastoral aquí es una ocasión para reforzar ulteriormente los vínculos de comunión que nos unen. Hemos iniciado con la celebración de la Oración de la Tarde en esta Basílica dedicada a la Inmaculada Concepción de la Santísima

Virgen María, santuario de especial significado para los católicos americanos, justo en el corazón de vuestra Capital. Unidos en oración con María, Madre de Jesús, encomendamos amorosamente a nuestro Padre celestial al Pueblo de Dios de cada región de Estados Unidos.

Para las comunidades católicas de Boston, Nueva York, Filadelfia y Louisville, éste es un año de celebraciones particulares, puesto que marca el bicentenario de la erección de estas Iglesias como Diócesis. Me uno a vosotros en la acción de gracias por los muchos dones celestiales concedidos a la Iglesia en estos lugares a lo largo de dos siglos. Puesto que el presente año marca también el bicentenario de la erección de la sede fundadora, Baltimore, como arquidiócesis, esto me ofrece la oportunidad de recordar con admiración y gratitud la vida y el ministerio de John Carroll, primer Obispo de Baltimore y digno pastor de la comunidad católica en vuestra Nación, independiente desde hacía poco. Sus incansables esfuerzos por difundir el Evangelio en el vasto territorio encomendado a su cuidado pastoral pusieron las bases de la vida eclesial en vuestro País y permitieron a la Iglesia en América crecer hacia su madurez. Hoy la comunidad católica que servís es una de las más vastas del mundo y una de los más influyentes. Cuán importante es, pues, procurar que vuestra luz brille ante vuestros conciudadanos y en el mundo “para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo” (Mt 5, 16).

Muchas personas, entre las cuales John Carroll y sus hermanos Obispos que ejercieron el ministerio hace dos siglos, llegaron desde lejanas tierras. La diversidad de sus orígenes está reflejada en la rica variedad de la vida eclesial de la América actual. Queridos Hermanos Obispos, deseo animaros, así como a vuestras comunidades, a seguir acogiendo a los inmigrantes que se unen hoy a vuestras filas, compartir sus alegrías y esperanzas, acompañarlos en sus sufrimientos y pruebas, y ayudarlos a prosperar en su nueva casa. Esto, por otra parte, es lo que hicieron vuestros conciudadanos durante generaciones. Ya desde el principio, ellos abrieron las puertas a los desanimados, a los pobres, a las “masas que se agolparon anhelando respirar libertad” (cf. Soneto grabado en la Estatua de la Libertad). Éstas fueron las personas que formaron América.

Entre quienes vinieron aquí para construirse una nueva vida, muchos fueron capaces de hacer buen uso de los recursos y de las oportunidades que encontraron, y alcanzar un alto nivel de prosperidad. En verdad, los ciudadanos de este País son conocidos por su gran vitalidad y creatividad. Son conocidos incluso por su gene-

rosidad. Después del ataque a las Torres Gemelas, en septiembre del 2001, y también después del huracán Katrina en el 2005, los americanos han mostrado su disponibilidad en ayudar a sus hermanos y hermanas necesitados. A nivel internacional, la contribución ofrecida por el pueblo de América a las operaciones de socorro y salvamento después del tsunami de diciembre del 2004 es una nueva muestra de esta compasión. Permitidme que exprese un particular reconocimiento por las innumerables formas de asistencia humanitaria ofrecidas por los católicos americanos a través de las Cáritas católicas y de otras agencias. Su generosidad ha dado sus frutos en la atención a los pobres y necesitados, como también en la energía manifestada en la construcción de la red nacional de parroquias católicas, hospitales, escuelas y universidades. Todo eso constituye un sólido motivo para dar gracias.

América es también una tierra de gran fe. Vuestra gente es bien conocida por el fervor religioso y está orgullosa de pertenecer a una comunidad orante. Tiene confianza en Dios y no duda en introducir en los discursos públicos argumentos morales basados en la fe bíblica. El respeto por la libertad de religión está profundamente arraigado en la conciencia americana, un dato que de hecho ha favorecido que este País atrajera generaciones de inmigrantes a la búsqueda de una casa donde poder dar libremente culto a Dios según las propias convicciones religiosas.

En este contexto me es grato poner de relieve la presencia entre vosotros de Obispos de todas las venerables Iglesias orientales en comunión con el Sucesor de Pedro: os saludo con especial alegría. Queridos Hermanos, os pido que comuniquéis a vuestras comunidades mi profundo afecto y la oración incesante, tanto por ellas como también por tantos hermanos y hermanas que han quedado en su tierra de origen. Vuestra presencia en este País recuerda el valiente testimonio por Cristo de numerosos miembros de vuestras comunidades que a menudo sufren en su propia Patria. Esto es también una gran riqueza para la vida eclesial en América, ya que ofrece una vigorosa expresión de la catolicidad de la Iglesia y de la variedad de sus tradiciones litúrgicas y espirituales.

En esta fértil tierra, alimentada por tan numerosos y diferentes manantiales, es donde vosotros, queridos Obispos, estáis llamados hoy a esparcir la semilla del Evangelio. Esto me lleva a preguntarme ¿cómo, en el siglo veintiuno, puede un Obispo cumplir del mejor modo posible el llamado a “renovarlo todo en Cristo, nuestra esperanza”? ¿Cómo puede guiar a su pueblo al “encuentro con el Dios vivo”, fuente de aquella esperanza que transforma la vida de la que habla el Evange-

lio? (cf. Spe salvi, 4). Quizás necesita derribar ante todo algunas barreras que impiden este encuentro. Si bien es verdad que este País está marcado por un auténtico espíritu religioso, la sutil influencia del laicismo puede indicar sin embargo el modo en el que las personas permiten que la fe influya en sus propios comportamientos. ¿Es acaso coherente profesar nuestra fe el domingo en el templo y luego, durante la semana, dedicarse a negocios o promover intervenciones médicas contrarias a esta fe? ¿Es quizás coherente para católicos practicantes ignorar o explotar a los pobres y marginados, promover comportamientos sexuales contrarios a la enseñanza moral católica, o adoptar posiciones que contradicen el derecho a la vida de cada ser humano desde su concepción hasta su muerte natural? Es necesario resistir a toda tendencia que considere la religión como un hecho privado. Sólo cuando la fe impregna cada aspecto de la vida, los cristianos se abren verdaderamente a la fuerza transformadora del Evangelio.

Para una sociedad rica, un nuevo obstáculo para un encuentro con el Dios vivo está en la sutil influencia del materialismo, que por desgracia puede centrar muy fácilmente la atención sobre el “cien veces más” prometido por Dios en esta vida, a cambio de la vida eterna que promete para el futuro (Mc 10,30). Las personas necesitan hoy ser llamadas de nuevo al objetivo último de su existencia. Necesitan reconocer que en su interior hay una profunda sed de Dios. Necesitan tener la oportunidad de enriquecerse del pozo de su amor infinito. Es fácil ser atraídas por las posibilidades casi ilimitadas que la ciencia y la técnica nos ofrecen; es fácil cometer el error de creer que se puede conseguir con nuestros propios esfuerzos satisfacer las necesidades más profundas. Ésta es una ilusión. Sin Dios, el cual nos da lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar (cf. Spe salvi, 31), nuestras vidas están realmente vacías. Las personas necesitan ser llamadas continuamente a cultivar una relación con Cristo, que ha venido para que tuviéramos la vida en abundancia (cf. Jn 10,10). La meta de toda nuestra actividad pastoral y catequética, el objeto de nuestra predicación, el centro mismo de nuestro ministerio sacramental ha de ser ayudar a las personas a establecer y alimentar semejante relación vital con “Jesucristo nuestra esperanza” (1 Tm 1,1).

En una sociedad que da mucho valor a la libertad personal y a la autonomía es fácil perder de vista nuestra dependencia de los demás, como también la responsabilidad que tenemos en las relaciones con ellos. Esta acentuación del individualismo ha influenciado incluso a la Iglesia (cf. Spe salvi, 13-15), dando origen a una forma de piedad que a veces subraya nuestra relación privada con Dios en detrimento del llamado a ser miembros de una comunidad redimida. Sin embargo, ya

desde el principio, Dios vio que “no es bueno que el hombre esté solo” (Gn 2,18). Hemos sido creados como seres sociales que se realizan solamente en el amor a Dios y al prójimo. Si queremos tener verdaderamente fija la mirada hacia Él, fuente de nuestra alegría, tenemos que hacerlo como miembros del Pueblo de Dios (cf. Spe salvi, 14). Si pareciera que esto va en contra de la cultura actual, sería sencillamente una nueva prueba de la urgente necesidad de una renovada evangelización de la cultura.

Aquí en América habéis sido bendecidos con un laicado católico de considerable variedad cultural, que dedica sus propios y multiformes talentos al servicio de la Iglesia y de la sociedad en general. Este laicado mira hacia vosotros para recibir estímulo, guía y orientación. En una época saturada de informaciones, la importancia de ofrecer una sólida formación de la fe no corre el riesgo de ser sobrevalorada. Los católicos americanos han reconocido, por tradición, un alto valor a la educación religiosa, tanto en las escuelas como en el conjunto de los programas de formación para adultos: conviene mantenerlo y difundirlo. Los numerosos hombres y mujeres que se dedican generosamente a las obras caritativas han de ser ayudados a renovar su compromiso mediante una “formación del corazón”: un “encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro” (Deus caritas est, 31). En una época en que el progreso de las ciencias médicas lleva nueva esperanza a muchos, pueden darse desafíos éticos impensables anteriormente. Esto hace que sea más importante que nunca asegurar una sólida formación en las enseñanzas morales de la Iglesia para aquellos católicos que trabajan en el ámbito de la salud. Es necesaria una sabia guía en todos estos campos de apostolado para que puedan producir frutos abundantes. Si de verdad quieren promover el bien integral de la persona, ellos mismos han de renovarse en Cristo nuestra esperanza.

Como anunciadores del Evangelio y guías de la comunidad católica, vosotros estáis llamados también a participar en el intercambio de ideas en la esfera pública, para ayudar a modelar actitudes culturales adecuadas. En un contexto en el que se aprecia la libertad de palabra y se anima un debate firme y honesto, se respeta vuestra voz que tiene mucho que ofrecer a la discusión sobre las cuestiones sociales y morales de la actualidad. Al promover que el Evangelio sea escuchado de modo claro, no solamente formáis a las personas de vuestra comunidad, sino que, en el ámbito de la más vasta platea de la comunicación de masas, ayudáis a difundir el mensaje de la esperanza cristiana en todo el mundo.

Está claro que la influencia de la Iglesia en el público debate se realiza a niveles muy diferentes. En Estados Unidos, como en otras partes, hay actualmente muchas leyes ya en vigor o en discusión que suscitan preocupación desde el punto de vista de la moralidad, y la comunidad católica, bajo vuestra guía, debe ofrecer un testimonio claro y unitario sobre estas materias. No obstante, es más importante aún la apertura gradual de las mentes y de los corazones de la comunidad más amplia a la verdad moral: aquí hay todavía mucho por hacer. En este ámbito es crucial el papel de los fieles laicos para actuar como “levadura” en la sociedad. Sin embargo, no se debe dar por supuesto que todos los ciudadanos católicos piensen de acuerdo con la enseñanza de la Iglesia sobre las cuestiones éticas fundamentales de hoy. Una vez más es vuestro deber procurar que la formación moral ofrecida a cada nivel de la vida eclesial refleje la auténtica enseñanza del Evangelio de la vida.

A este respecto, un tema de profunda preocupación para todos nosotros es la situación de la familia dentro de la sociedad. Es verdad: el Cardenal George ha recordado antes cómo vosotros habéis fijado la consolidación del matrimonio y de la vida familiar entre las prioridades de vuestra atención pastoral en los próximos años. En el Mensaje de este año para la Jornada Mundial de la Paz, he hablado de la contribución esencial que una vida familiar sana ofrece a la paz en y entre las Naciones. En el hogar familiar se experimentan “algunos elementos esenciales de la paz: la justicia y el amor entre hermanos y hermanas, la función de la autoridad manifestada por los padres, el servicio afectuoso a los miembros más débiles, porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en las necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger al otro y, si fuera necesario, para perdonarlo” (n. 3). La familia, además, es el lugar primario de la evangelización, en la transmisión de la fe, ayudando a los jóvenes a apreciar la importancia de la práctica religiosa y la observancia del domingo. ¿Cómo no sentirse desconcertados al observar la rápida decadencia de la familia como elemento básico de la Iglesia y de la sociedad? El divorcio y la infidelidad están aumentando, y muchos jóvenes hombres y mujeres deciden retrasar la boda o incluso evitarla completamente. Algunos jóvenes católicos consideran el vínculo sacramental del matrimonio poco distinto de una unión civil, o lo entienden incluso como un simple acuerdo para vivir con otra persona de modo informal y sin estabilidad. Como consecuencia se percibe una alarmante disminución de bodas católicas en Estados Unidos, junto con un aumento de convivencias en las que está simplemente ausente la recíproca autodonación de los novios a la manera de Cristo, mediante el sello de una promesa pública de vivir las exigencias de un compromiso indisoluble para toda la existencia. En esas circunstancias se les niega a los hijos el ambiente seguro que necesitan para crecer

como seres humanos, e incluso se niegan a la sociedad aquellos pilares estables que son necesarios si se quiere mantener la cohesión y el centro moral de la comunidad.

Como enseñó mi predecesor, el Papa Juan Pablo II, “el primer responsable de la pastoral familiar en la diócesis es el obispo... que debe dedicar interés, atención, tiempo, personas, recursos; y sobre todo apoyo personal a las familias y a cuantos le ayudan en el pastoral de la familia” (*Familiaris consortio*, 73). Es vuestro deber proclamar con fuerza los argumentos de fe y de razón que hablan del instituto del matrimonio, entendido como compromiso para la vida entre un hombre y una mujer, abierto a la transmisión de la vida. Este mensaje debería resonar ante las personas de hoy, ya que es esencialmente un “sí” incondicional y sin reservas a la vida, un “sí” al amor y un “sí” a las aspiraciones del corazón de nuestra común humanidad, a la vez que nos esforzamos en realizar nuestro profundo deseo de intimidad con los demás y con el Señor.

Entre los signos contrarios al Evangelio de la vida que se pueden encontrar en América, pero también en otras partes, hay uno que causa profunda vergüenza: el abuso sexual de los menores. Muchos de vosotros me habéis hablado del enorme dolor que vuestras comunidades han sufrido cuando hombres de Iglesia han traicionado sus obligaciones y compromisos sacerdotales con semejante comportamiento gravemente inmoral. Mientras tratáis de erradicar este mal dondequiera que suceda, tenéis que sentir os apoyados por la oración del Pueblo de Dios en todo el mundo. Justamente dais prioridad a las expresiones de compasión y apoyo a las víctimas. Es una responsabilidad que os viene de Dios, como Pastores, la de fajar las heridas causadas por cada violación de la confianza, favorecer la curación, promover la reconciliación y acercar os con afectuosa preocupación a cuantos han sido tan seriamente dañados.

La respuesta a esta situación no ha sido fácil y, como ha indicado el Presidente de vuestra Conferencia Episcopal, ha sido “tratada a veces de pésimo modo”. Ahora que la dimensión y gravedad del problema se comprenden más claramente, habéis podido adoptar medidas de recuperación y disciplinarias más adecuadas, y promover un ambiente seguro que ofrezca mayor protección a los jóvenes. Mientras se ha de recordar que la inmensa mayoría de los sacerdotes y religiosos en América llevan a cabo una excelente labor por llevar el mensaje liberador del Evangelio a las personas confiadas a sus cuidados pastorales, es de vital importancia que los sujetos vulnerables estén siempre protegidos de cuantos pudieran causarles heridas. A este respecto, vuestros esfuerzos por aliviarlos y protegerlos están dando

no sólo gran fruto para quienes están directamente bajo vuestra cuidado pastoral, sino también para toda la sociedad.

No obstante, si queremos que las medidas y estrategias adoptadas por vosotros alcancen su pleno objetivo, conviene que se apliquen en un contexto más amplio. Los niños tienen derecho a crecer con una sana comprensión de la sexualidad y de su justo papel en las relaciones humanas. A ellos se les debería evitar las manifestaciones degradantes y la vulgar manipulación de la sexualidad hoy tan preponderante. Ellos tienen derecho a ser educados en los auténticos valores morales basados en la dignidad de la persona humana. Esto nos lleva a considerar la centralidad de la familia y la necesidad de promover el Evangelio de la vida. ¿Qué significa hablar de la protección de los niños cuando en tantas casas se puede ver hoy la pornografía y la violencia a través de los medios de comunicación ampliamente disponibles? Debemos reafirmar con urgencia los valores que sostienen la sociedad, a fin de ofrecer a jóvenes y adultos una sólida formación moral. Todos tienen un papel que desarrollar en este cometido, no sólo los padres, los formadores religiosos, los profesores y los catequistas, sino también la información y la industria del ocio. Ciertamente, cada miembro de la sociedad puede contribuir a esta renovación moral y sacar beneficio de ello. Cuidarse de verdad de los jóvenes y del futuro de nuestra civilización significa reconocer nuestra responsabilidad de promover y vivir los auténticos valores morales que hacen a la persona humana capaz de prosperar. Es vuestro deber de pastores que tienen como modelo Cristo, el Buen Pastor, proclamar de modo valiente y claro este mensaje y afrontar, por tanto, el pecado de abuso en el contexto más vasto de los comportamientos sexuales. Además, al reconocer el problema y al afrontarlo cuando sucede en un contexto eclesial, vosotros podéis ofrecer una orientación a los demás, dado que esta plaga se encuentra no sólo en vuestras Diócesis, sino también en cada sector de la sociedad. Esto exige una respuesta firme y colectiva.

Los sacerdotes necesitan también vuestra guía y cercanía durante este difícil tiempo. Ellos han experimentado vergüenza por lo que ha ocurrido y muchos de ellos se dan cuenta de que han perdido parte de aquella confianza que tenían una vez. No son pocos los que experimentan una cercanía a Cristo en su Pasión, a la vez que se esfuerzan por afrontar las consecuencias de esta crisis. El Obispo, como padre, hermano y amigo de sus sacerdotes, puede ayudarlos a sacar fruto espiritual de esta unión con Cristo, haciéndoles tomar conciencia de la consoladora presencia del Señor en medio de sus sufrimientos, y animándolos a caminar con el Señor por la senda de la esperanza (cf. Spe salvi, 39). Como observaba el Papa Juan Pablo

II, hace seis años, “debemos confiar en que este tiempo de prueba lleve a la purificación de toda la comunidad católica”, que conducirá “a un sacerdocio más santo, a un episcopado más santo y a una Iglesia más santa” (Mensaje a los Cardenales de Estados Unidos, 23 abril 2002, 4). Hay muchos signos de que, en el período siguiente, ha tenido de veras lugar esta purificación. La constante presencia de Cristo en medio de nuestros sufrimientos está transformando gradualmente nuestras tinieblas en luz: cada cosa es renovada realmente en Cristo Jesús, nuestra esperanza.

En este momento una parte vital de vuestra tarea es reforzar las relaciones con vuestros sacerdotes, especialmente en aquellos casos en que ha surgido tensión entre sacerdotes y Obispos como consecuencia de la crisis. Es importante que sigáis demostrándoles vuestra preocupación, vuestro apoyo y vuestra guía con el ejemplo. De esta modo los ayudaréis a encontrar al Dios vivo y los orientaréis hacia aquella esperanza que transforma la existencia de la que habla el Evangelio. Si vosotros mismos vivís de un modo que se configura íntimamente con Cristo, el Buen Pastor, que dio la vida por sus ovejas, animaréis a vuestros hermanos sacerdotes a dedicarse de nuevo al servicio de la grey con la generosidad que caracterizó a Cristo. En verdad, si queremos ir adelante es preciso concentrarse más claramente en la imitación de Cristo con la santidad de vida. Tenemos que redescubrir la alegría de vivir una existencia centrada en Cristo, cultivando las virtudes y sumergiéndonos en la oración. Cuando los fieles saben que su pastor es un hombre que reza y dedica la propia vida a su servicio, corresponden con aquel calor y afecto que alimenta y sostiene la vida de toda la comunidad.

El tiempo pasado en la oración nunca es desperdiciado, por muy importantes que sean los deberes que nos apremian por todas partes. La adoración de Cristo nuestro Señor en el Santísimo Sacramento prolonga e intensifica aquella unión con Él que se realiza mediante la Celebración eucarística (cf. *Sacramentum caritatis*, 66). La contemplación de los misterios del Rosario difunde toda su fuerza salvadora conformándonos, uniéndonos y consagrándonos a Jesucristo (cf. *Rosarium Virginis Mariae*, 11.15). La fidelidad a la Liturgia de las Horas asegura que todo nuestro día sea santificado, recordándonos continuamente la necesidad de permanecer concentrados en cumplir la obra de Dios, no obstante todas las urgencias o las distracciones que pueden surgir ante las obligaciones que se han de cumplir. De esta manera, la devoción nos ayuda a hablar y actuar in persona Christi, a enseñar, gobernar y santificar a los fieles en el nombre de Jesús, llevando su reconciliación, su curación y su amor a todos sus queridos hermanos y hermanas. Esta radical configuración con Cristo Buen Pastor es el centro de nuestro ministerio pastoral, y si

través de la oración nos abrimos nosotros mismos a la fuerza del Espíritu, Él nos concederá los dones que necesitamos para cumplir nuestra enorme tarea, de modo que no nos preocupemos nunca “de cómo o qué vamos a hablar” (cf. Mt 10,19).

Al concluir este discurso dirigido a vosotros esta tarde, encomiendo de manera muy particular a la Iglesia que está en vuestro País a la materna solicitud y a la intercesión de Maria Inmaculada, Patrona de Estados Unidos. Que ella, que llevó en su propio seno la esperanza de todas las Naciones, interceda por el pueblo de esta Nación, para que todos sean renovados en Cristo Jesús, su Hijo. Queridos Hermanos Obispos, expreso a cada uno de vosotros aquí presente mi profunda amistad y mi participación en vuestras preocupaciones pastorales. A todos vosotros, al clero, a los religiosos y a los fieles laicos imparto cordialmente la Bendición Apostólica, prenda de alegría y paz en Cristo Resucitado.

© Copyright 2008 - Libreria Editrice Vaticana

VIAJE APOSTÓLICO
A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
Y VISITA A LA SEDE
DE LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

SANTAMISA

HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

Nationals Stadium de Washington, D.C.
Jueves 17 de abril de 2008

Queridos hermanos y hermanas en Cristo

“Paz a ustedes” (Jn 20,19). Con estas palabras, las primeras que el Señor resucitado dirigió a sus discípulos, les saludo a todos en el júbilo de este tiempo pascual. Ante todo, doy gracias a Dios por la gracia de estar entre ustedes. Agradezco en particular al Arzobispo Wuerl por sus amables palabras de bienvenida.

Nuestra Misa de hoy retrotrae a la Iglesia en los Estados Unidos a sus raíces en el cercano Maryland y recuerda el 200 aniversario del primer capítulo de

su considerable crecimiento: la división que hizo mi predecesor el Papa Pío VII de la Diócesis originaria de Baltimore y la instauración de las Diócesis de Boston, Bardstown, ahora Louisville, Nueva York y Filadelfia. Doscientos años después, la Iglesia en América tiene buenos motivos para alabar la capacidad de las generaciones pasadas de aglutinar grupos de inmigrantes muy diferentes en la unidad de la fe católica y en el esfuerzo común por difundir el Evangelio. Al mismo tiempo, la Comunidad católica en este País, consciente de su rica multiplicidad, ha apreciado cada vez más plenamente la importancia de que cada individuo y grupo aporte su propio don particular al conjunto. Ahora la Iglesia en los Estados Unidos está llamada a mirar hacia el futuro, firmemente arraigada en la fe transmitida por las generaciones anteriores y dispuesta a afrontar nuevos desafíos—desafíos no menos exigentes de los que afrontaron vuestros antepasados— con la esperanza que nace del amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo. (cf. Rm 5,5).

En el ejercicio de mi ministerio de Sucesor de Pietro, he venido a América para confirmaros, queridos hermanos y hermanas, en la fe de los Apóstoles (cf. Lc 22,32). He venido para proclamar de nuevo, como lo hizo san Pedro el día de Pentecostés, que Jesucristo es Señor y Mesías, resucitado de la muerte, sentado a la derecha del Padre en la gloria y constituido juez de vivos y muertos (cf. Hch 2,14ss). He venido para reiterar la llamada urgente de los Apóstoles a la conversión para el perdón de los pecados y para implorar al Señor una nueva efusión del Espíritu Santo sobre la Iglesia en este País. Como hemos oído en este tiempo pascual, la Iglesia ha nacido de los dones del Espíritu Santo: el arrepentimiento y la fe en el Señor resucitado. Ella se ve impulsada por el mismo Espíritu en cada época a llevar la buena nueva de nuestra reconciliación con Dios en Cristo a hombres y a mujeres de toda raza, lengua y nación (cf. Ap 5,9).

Las lecturas de la Misa de hoy nos invitan a considerar el crecimiento de la Iglesia en América como un capítulo en la historia más grande de la expansión de la Iglesia después de la venida del Espíritu Santo en Pentecostés. En estas lecturas vemos la unión inseparable entre el Señor resucitado y el don del Espíritu para el perdón de los pecados y el misterio de la Iglesia. Cristo ha constituido su Iglesia sobre el fundamento de los Apóstoles (cf. Ap 21,14), como comunidad estructurada visible, que es a la vez comunión espiritual, cuerpo místico animado por los múltiples dones del Espíritu y sacramento de salvación para toda la humanidad (cf. *Lumen gentium*, 8). La Iglesia está llamada en todo tiempo y lugar a crecer en la unidad mediante una constante conversión a Cristo, cuya obra redentora es proclamada por los Sucesores de los Apóstoles y celebrada en los sacramentos. Por otro lado,

esta unidad comporta una “expansión continua”, porque el Espíritu incita a los creyentes a proclamar “las grandes obras de Dios” y a invitar a todas las gentes a entrar en la comunidad de los salvados mediante la sangre de Cristo y que han recibido la vida nueva en su Espíritu.

Ruego también para que este aniversario significativo en la vida de la Iglesia en los Estados Unidos y la presencia del Sucesor de Pedro entre vosotros sean para todos los católicos una ocasión para reafirmar su unidad en la fe apostólica, para ofrecer a sus contemporáneos una razón convincente de la esperanza que los inspira (cf. 1 P 3,15) y para renovar su celo misionero al servicio de la difusión del Reino de Dios.

El mundo necesita el testimonio. ¿Quién puede negar que el momento actual sea decisivo no sólo para la Iglesia en América, sino también para la sociedad en su conjunto? Es un tiempo lleno de grandes promesas, pues vemos cómo la familia humana se acomuna de diversos modos, haciéndose cada vez más interdependiente. Al mismo tiempo, sin embargo, percibimos signos evidentes de un quebrantamiento preocupante de los fundamentos mismos de la sociedad: signos de alienación, ira y contraposición en muchos contemporáneos nuestros; aumento de la violencia, debilitamiento del sentido moral, vulgaridad en las relaciones sociales y creciente olvido de Cristo y de Dios. También la Iglesia ve signos de grandes promesas en sus numerosas parroquias sólidas y en los movimientos vivaces, en el entusiasmo por la fe demostrada por muchos jóvenes, en el número de los que cada año abrazan la fe católica y en un interés cada vez más grande por la oración y por la catequesis. Pero, al mismo tiempo, percibe a menudo con dolor que hay división y contrastes en su seno, descubriendo también el hecho desconcertante de que tantos bautizados, en lugar de actuar como fermento espiritual en el mundo, se inclinan a adoptar actitudes contrarias a la verdad del Evangelio.

“Señor, manda tu Espíritu y renueva la faz de la tierra” (cf. Sal 104,30). Las palabras del Salmo responsorial de hoy son una plegaria que, siempre y en todo lugar, brota del corazón de la Iglesia. Nos recuerdan que el Espíritu Santo ha sido infundido como primicia de una nueva creación, de “cielos nuevos y tierra nueva” (cf. 2 P 3,13; Ap 21, 1) en los que reinará la paz de Dios y la familia humana será reconciliada en la justicia y en el amor. Hemos oído decir a san Pablo que toda la creación “gime” hasta a hoy, en espera de la verdadera libertad, que es el don de Dios para sus hijos (cf. Rm 8,21-22), una libertad que nos hace capaces de vivir conforme a su voluntad. Oremos hoy insistentemente para que la Iglesia en América

sea renovada en este mismo Espíritu y ayudada en su misión de anunciar el Evangelio a un mundo que tiene nostalgia de una genuina libertad (cf. Jn 8,32), de una felicidad auténtica y del cumplimiento de sus aspiraciones más profundas.

Deseo en este momento dirigir una palabra particular de gratitud y estímulo a todos los que han acogido el desafío del Concilio Vaticano II, tantas veces repetido por el Papa Juan Pablo II, y han dedicado su vida a la nueva evangelización. Doy las gracias a mis hermanos Obispos, a los sacerdotes y diáconos, a los religiosos y religiosas, a los padres, maestros y catequistas. La fidelidad y el valor con que la Iglesia en este País logrará afrontar los retos de una cultura cada vez más secularizada y materialista dependerá en gran parte de vuestra fidelidad personal al transmitir el tesoro de nuestra fe católica. Los jóvenes necesitan ser ayudados para discernir la vía que conduce a la verdadera libertad: la vía de una sincera y generosa imitación de Cristo, la vía de la entrega a la justicia y a la paz. Se ha progresado mucho en el desarrollo de programas sólidos para la catequesis, pero queda por hacer todavía mucho más para formar los corazones y las mentes de los jóvenes en el conocimiento y en el amor del Dios. Los desafíos que se nos presentan exigen una instrucción amplia y sana en la verdad de la fe. Pero requieren cultivar también un modo de pensar, una “cultura” intelectual que sea auténticamente católica, que confía en la armonía profunda entre fe y razón, y dispuesta a llevar la riqueza de la visión de la fe en contacto con las cuestiones urgentes que conciernen el futuro de la sociedad americana.

Queridos amigos, mi visita en los Estados Unidos quiere ser un testimonio de “Cristo, esperanza nuestra”. Los americanos han sido siempre un pueblo de esperanza: vuestros antepasados vinieron a este País con la expectativa de encontrar una nueva libertad y nuevas oportunidades, y la extensión de territorios inexplorados les inspiró la esperanza de poder empezar completamente de nuevo, creando una nueva nación sobre nuevos fundamentos. Ciertamente, ésta no ha sido la experiencia de todos los habitantes de este País; baste pensar en las injusticias sufridas por las poblaciones americanas nativas y de los que fueron traídos de África por la fuerza como esclavos. Pero la esperanza, la esperanza en el futuro, forma parte hondamente del carácter americano. Y la virtud cristiana de la esperanza —la esperanza derramada en nuestro corazón por el Espíritu Santo, la esperanza que purifica y endereza de modo sobrenatural nuestras aspiraciones orientándolas hacia el Señor y su plan de salvación—, esta esperanza ha caracterizado también y sigue caracterizando la vida de la comunidad católica en este País.

En el contexto de esta esperanza nacida del amor y de la fidelidad de Dios reconozco el dolor que ha sufrido la Iglesia en América como consecuencia del abuso sexual de menores. Ninguna palabra mía podría describir el dolor y el daño producido por dicho abuso. Es importante que se preste una cordial atención pastoral a los que han sufrido. Tampoco puedo expresar adecuadamente el daño que se ha hecho dentro de la comunidad de la Iglesia. Ya se han hecho grandes esfuerzos para afrontar de manera honesta y justa esta trágica situación y para asegurar que los niños –a los que nuestro Señor ama entrañablemente (cf. Mc 10,14), y que son nuestro tesoro más grande– puedan crecer en un ambiente seguro. Estos esfuerzos para proteger a los niños han de continuar. Ayer hablé de esto con vuestros Obispos. Hoy animo a cada uno de ustedes a hacer cuanto les sea posible para promover la recuperación y la reconciliación, y para ayudar a los que han sido dañados. Les pido también que estimen a sus sacerdotes y los reafirmen en el excelente trabajo que hacen. Y, sobre todo, oren para que el Espíritu Santo derrame sus dones sobre la Iglesia, los dones que llevan a la conversión, al perdón y el crecimiento en la santidad.

San Pablo, como hemos escuchado en la segunda lectura, habla de una especie de oración que brota de las profundidades de nuestros corazones con suspiros que son demasiado profundos para expresarlos con palabras, con “gemidos” (Rm 8,26) inspirados por el Espíritu. Ésta es una oración que anhela, en medio de la tribulación, el cumplimiento de las promesas de Dios. Es una plegaria de esperanza inagotable, pero también de paciente perseverancia y, a veces, acompañada por el sufrimiento por la verdad. A través de esta plegaria participamos en el misterio de la misma debilidad y sufrimiento de Cristo, mientras confiamos firmemente en la victoria de su Cruz. Que la Iglesia en América, con esta oración, emprenda cada vez más el camino de la conversión y de la fidelidad al Evangelio. Y que todos los católicos experimenten el consuelo de la esperanza y los dones de la alegría y la fuerza infundidos por el Espíritu.

En el relato evangélico de hoy, el Señor resucitado otorga a los Apóstoles el don del Espíritu Santo y les concede la autoridad para perdonar los pecados. Mediante el poder invencible de la gracia de Cristo, confiado a frágiles ministros humanos, la Iglesia renace continuamente y se nos da a cada uno de nosotros la esperanza de un nuevo comienzo. Confiemos en el poder del Espíritu de inspirar conversión, curar cada herida, superar toda división y suscitar vida y libertades nuevas. ¡Cuánta necesidad tenemos de estos dones! ¡Y qué cerca los tenemos, particularmente en el Sacramento de la penitencia! La fuerza

libertadora de este Sacramento, en el que nuestra sincera confesión del pecado encuentra la palabra misericordiosa de perdón y paz de parte de Dios, necesita ser redescubierta y ralea propia de cada católico. En gran parte la renovación de la Iglesia en América y en el mundo depende de la renovación de la regla de la penitencia y del crecimiento en la santidad: los dos es inspirado y realizadas por este Sacramento.

“En esperanza fuimos salvados” (Rm 8,24). Mientras la Iglesia en los Estados Unidos da gracias por las bendiciones de los doscientos años pasados, invito a ustedes, a sus familias y cada parroquia y comunidad religiosa a confiar en el poder de la gracia para crear un futuro prometedor para el Pueblo de Dios en este País. En el nombre del Señor Jesús les pido que eviten toda división y que trabajen con alegría para preparar vía para Él, fieles a su palabra y en constante conversión a su voluntad. Les exhorto, sobre todo, a seguir a siendo fermento de esperanza evangélica en la sociedad americana, con el fin de llevar la luz y la verdad del Evangelio en la tarea de crear un mundo cada vez más justo y libre para las generaciones futuras.

Quien tiene esperanza ha de vivir de otra manera (cf. Spe Salvi, 2). Que ustedes, mediante sus plegarias, el testimonio de su fe y la fecundidad de su caridad, indiquen el camino hacia ese horizonte inmenso de esperanza que Dios está abriendo también hoy a su Iglesia, más aún, a toda la humanidad: la visión de un mundo reconciliado y renovado en Jesucristo, nuestro Salvador. A Él honor y gloria, ahora y siempre.

Amén.

* * *

Palabras del Santo Padre a los fieles de lengua española

Queridos hermanos y hermanas de lengua española:

Deseo saludarles con las mismas palabras que Cristo Resucitado dirigió a los apóstoles: “Paz a ustedes” (Jn 20,19). Que la alegría de saber que el Señor ha triunfado sobre la muerte y el pecado les ayude a ser, allá donde se encuentren, testigos de su amor y sembradores de la esperanza que Él vino a traernos y que jamás defrauda.

No se dejen vencer por el pesimismo, la inercia o los problemas. Antes bien, fieles a los compromisos que adquirieron en su bautismo, profundicen cada día en el conocimiento de Cristo y permitan que su corazón quede conquistado por su amor y por su perdón.

La Iglesia en los Estados Unidos, acogiendo en su seno a tantos de sus hijos emigrantes, ha ido creciendo gracias también a la vitalidad del testimonio de fe de los fieles de lengua española. Por eso, el Señor les llama a seguir contribuyendo al futuro de la Iglesia en este País y a la difusión del Evangelio. Sólo si están unidos a Cristo y entre ustedes, su testimonio evangelizador será creíble y florecerá en copiosos frutos de paz y reconciliación en medio de un mundo muchas veces marcado por divisiones y enfrentamientos.

La Iglesia espera mucho de ustedes. No la defrauden en su donación generosa. “Lo que han recibido gratis, denlo gratis” (Mt 10,8). Amén.

© Copyright 2008 - Libreria Editrice Vaticana

VIAJE APOSTÓLICO
A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
Y VISITA A LA SEDE
DE LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

ENCUENTRO CON LOS MIEMBROS DE LA
ASAMBLEA GENERAL DE LAS NACIONES UNIDAS

DISCURSO DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

Nueva York
Viernes 18 de abril de 2008

Señor Presidente,
Señoras y Señores:

Al comenzar mi intervención en esta Asamblea, deseo ante todo expresarle a usted, Señor Presidente, mi sincera gratitud por sus amables palabras. Quiero agradecer también al Secretario General, el Señor Ban Ki-moon, por su invitación a visitar la Sede central de la Organización y por su cordial bienvenida. Saludo a los Embajadores y a los Diplomáticos de los Estados Miembros, así como a todos los

presentes: a través de ustedes, saludo a los pueblos que representan aquí. Ellos esperan de esta Institución que lleve adelante la inspiración que condujo a su fundación, la de ser un «centro que armonice los esfuerzos de las Naciones por alcanzar los fines comunes», de la paz y el desarrollo (cf. Carta de las Naciones Unidas, art. 1.2-1.4). Como dijo el Papa Juan Pablo II en 1995, la Organización debería ser “centro moral, en el que todas las naciones del mundo se sientan como en su casa, desarrollando la conciencia común de ser, por así decir, una ‘familia de naciones’” (Discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, Nueva York, 5 de octubre de 1995, 14).

A través de las Naciones Unidas, los Estados han establecido objetivos universales que, aunque no coincidan con el bien común total de la familia humana, representan sin duda una parte fundamental de este mismo bien. Los principios fundacionales de la Organización –el deseo de la paz, la búsqueda de la justicia, el respeto de la dignidad de la persona, la cooperación y la asistencia humanitaria– expresan las justas aspiraciones del espíritu humano y constituyen los ideales que deberían estar subyacentes en las relaciones internacionales. Como mis predecesores Pablo VI y Juan Pablo II han hecho notar desde esta misma tribuna, se trata de cuestiones que la Iglesia Católica y la Santa Sede siguen con atención e interés, pues ven en vuestra actividad un ejemplo de cómo los problemas y conflictos relativos a la comunidad mundial pueden estar sujetos a una reglamentación común. Las Naciones Unidas encarnan la aspiración a “un grado superior de ordenamiento internacional” (Juan Pablo II, *Sollicitudo rei socialis*, 43), inspirado y gobernado por el principio de subsidiaridad y, por tanto, capaz de responder a las demandas de la familia humana mediante reglas internacionales vinculantes y estructuras capaces de armonizar el desarrollo cotidiano de la vida de los pueblos. Esto es más necesario aún en un tiempo en el que experimentamos la manifiesta paradoja de un consenso multilateral que sigue padeciendo una crisis a causa de su subordinación a las decisiones de unos pocos, mientras que los problemas del mundo exigen intervenciones conjuntas por parte de la comunidad internacional.

Ciertamente, cuestiones de seguridad, los objetivos del desarrollo, la reducción de las desigualdades locales y globales, la protección del entorno, de los recursos y del clima, requieren que todos los responsables internacionales actúen conjuntamente y demuestren una disponibilidad para actuar de buena fe, respetando la ley y promoviendo la solidaridad con las regiones más débiles del planeta. Pienso particularmente en aquellos Países de África y de otras partes del mundo que permanecen al margen de un auténtico desarrollo integral, y corren por tanto el

riesgo de experimentar sólo los efectos negativos de la globalización. En el contexto de las relaciones internacionales, es necesario reconocer el papel superior que desempeñan las reglas y las estructuras intrínsecamente ordenadas a promover el bien común y, por tanto, a defender la libertad humana. Dichas reglas no limitan la libertad. Por el contrario, la promueven cuando prohíben comportamientos y actos que van contra el bien común, obstaculizan su realización efectiva y, por tanto, comprometen la dignidad de toda persona humana. En nombre de la libertad debe haber una correlación entre derechos y deberes, por la cual cada persona está llamada a asumir la responsabilidad de sus opciones, tomadas al entrar en relación con los otros. Aquí, nuestro pensamiento se dirige al modo en que a veces se han aplicado los resultados de los descubrimientos de la investigación científica y tecnológica. No obstante los enormes beneficios que la humanidad puede recabar de ellos, algunos aspectos de dicha aplicación representan una clara violación del orden de la creación, hasta el punto en que no solamente se contradice el carácter sagrado de la vida, sino que la persona humana misma y la familia se ven despojadas de su identidad natural. Del mismo modo, la acción internacional dirigida a preservar el entorno y a proteger las diversas formas de vida sobre la tierra no ha de garantizar solamente un empleo racional de la tecnología y de la ciencia, sino que debe redescubrir también la auténtica imagen de la creación. Esto nunca requiere optar entre ciencia y ética: se trata más bien de adoptar un método científico que respete realmente los imperativos éticos.

El reconocimiento de la unidad de la familia humana y la atención a la dignidad innata de cada hombre y mujer adquiere hoy un nuevo énfasis con el principio de la responsabilidad de proteger. Este principio ha sido definido sólo recientemente, pero ya estaba implícitamente presente en los orígenes de las Naciones Unidas y ahora se ha convertido cada vez más en una característica de la actividad de la Organización. Todo Estado tiene el deber primario de proteger a la propia población de violaciones graves y continuas de los derechos humanos, como también de las consecuencias de las crisis humanitarias, ya sean provocadas por la naturaleza o por el hombre. Si los Estados no son capaces de garantizar esta protección, la comunidad internacional ha de intervenir con los medios jurídicos previstos por la Carta de las Naciones Unidas y por otros instrumentos internacionales. La acción de la comunidad internacional y de sus instituciones, dando por sentado el respeto de los principios que están a la base del orden internacional, no tiene por qué ser interpretada nunca como una imposición injustificada y una limitación de soberanía. Al contrario, es la indiferencia o la falta de intervención lo que causa un daño real. Lo que se necesita es una búsqueda más profunda de los medios para prevenir y

controlar los conflictos, explorando cualquier vía diplomática posible y prestando atención y estímulo también a las más tenues señales de diálogo o deseo de reconciliación.

El principio de la “responsabilidad de proteger” fue considerado por el antiguo *ius gentium* como el fundamento de toda actuación de los gobernadores hacia los gobernados: en tiempos en que se estaba desarrollando el concepto de Estados nacionales soberanos, el fraile dominico Francisco de Vitoria, calificado con razón como precursor de la idea de las Naciones Unidas, describió dicha responsabilidad como un aspecto de la razón natural compartida por todas las Naciones, y como el resultado de un orden internacional cuya tarea era regular las relaciones entre los pueblos. Hoy como entonces, este principio ha de hacer referencia a la idea de la persona como imagen del Creador, al deseo de una absoluta y esencial libertad. Como sabemos, la fundación de las Naciones Unidas coincidió con la profunda conmoción experimentada por la humanidad cuando se abandonó la referencia al sentido de la trascendencia y de la razón natural y, en consecuencia, se violaron gravemente la libertad y la dignidad del hombre. Cuando eso ocurre, los fundamentos objetivos de los valores que inspiran y gobiernan el orden internacional se ven amenazados, y minados en su base los principios inderogables e inviolables formulados y consolidados por las Naciones Unidas. Cuando se está ante nuevos e insistentes desafíos, es un error retroceder hacia un planteamiento pragmático, limitado a determinar “un terreno común”, minimalista en los contenidos y débil en su efectividad.

La referencia a la dignidad humana, que es el fundamento y el objetivo de la responsabilidad de proteger, nos lleva al tema sobre el cual hemos sido invitados a centrarnos este año, en el que se cumple el 60° aniversario de la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. El documento fue el resultado de una convergencia de tradiciones religiosas y culturales, todas ellas motivadas por el deseo común de poner a la persona humana en el corazón de las instituciones, leyes y actuaciones de la sociedad, y de considerar a la persona humana esencial para el mundo de la cultura, de la religión y de la ciencia. Los derechos humanos son presentados cada vez más como el lenguaje común y el sustrato ético de las relaciones internacionales. Al mismo tiempo, la universalidad, la indivisibilidad y la interdependencia de los derechos humanos sirven como garantía para la salvaguardia de la dignidad humana. Sin embargo, es evidente que los derechos reconocidos y enunciados en la Declaración se aplican a cada uno en virtud del origen común de la persona, la cual sigue siendo el punto más alto del designio creador de Dios para el

mundo y la historia. Estos derechos se basan en la ley natural inscrita en el corazón del hombre y presente en las diferentes culturas y civilizaciones. Arrancar los derechos humanos de este contexto significaría restringir su ámbito y ceder a una concepción relativista, según la cual el sentido y la interpretación de los derechos podrían variar, negando su universalidad en nombre de los diferentes contextos culturales, políticos, sociales e incluso religiosos. Así pues, no se debe permitir que esta vasta variedad de puntos de vista oscurezca no sólo el hecho de que los derechos son universales, sino que también lo es la persona humana, sujeto de estos derechos.

La vida de la comunidad, tanto en el ámbito interior como en el internacional, muestra claramente cómo el respeto de los derechos y las garantías que se derivan de ellos son las medidas del bien común que sirven para valorar la relación entre justicia e injusticia, desarrollo y pobreza, seguridad y conflicto. La promoción de los derechos humanos sigue siendo la estrategia más eficaz para extirpar las desigualdades entre Países y grupos sociales, así como para aumentar la seguridad. Es cierto que las víctimas de la opresión y la desesperación, cuya dignidad humana se ve impunemente violada, pueden ceder fácilmente al impulso de la violencia y convertirse ellas mismas en transgresoras de la paz. Sin embargo, el bien común que los derechos humanos permiten conseguir no puede lograrse simplemente con la aplicación de procedimientos correctos ni tampoco a través de un simple equilibrio entre derechos contrapuestos. La Declaración Universal tiene el mérito de haber permitido confluir en un núcleo fundamental de valores y, por lo tanto, de derechos, a diferentes culturas, expresiones jurídicas y modelos institucionales. No obstante, hoy es preciso redoblar los esfuerzos ante las presiones para reinterpretar los fundamentos de la Declaración y comprometer con ello su íntima unidad, facilitando así su alejamiento de la protección de la dignidad humana para satisfacer meros intereses, con frecuencia particulares. La Declaración fue adoptada como un “ideal común” (preámbulo) y no puede ser aplicada por partes separadas, según tendencias u opciones selectivas que corren simplemente el riesgo de contradecir la unidad de la persona humana y por tanto la indivisibilidad de los derechos humanos.

La experiencia nos enseña que a menudo la legalidad prevalece sobre la justicia cuando la insistencia sobre los derechos humanos los hace aparecer como resultado exclusivo de medidas legislativas o decisiones normativas tomadas por las diversas agencias de los que están en el poder. Cuando se presentan simplemente en términos de legalidad, los derechos corren el riesgo de convertirse en propo-

ciones frágiles, separadas de la dimensión ética y racional, que es su fundamento y su fin. Por el contrario, la Declaración Universal ha reforzado la convicción de que el respeto de los derechos humanos está enraizado principalmente en la justicia que no cambia, sobre la cual se basa también la fuerza vinculante de las proclamações internacionales. Este aspecto se ve frecuentemente desatendido cuando se intenta privar a los derechos de su verdadera función en nombre de una mísera perspectiva utilitarista. Puesto que los derechos y los consiguientes deberes provienen naturalmente de la interacción humana, es fácil olvidar que son el fruto de un sentido común de la justicia, basado principalmente sobre la solidaridad entre los miembros de la sociedad y, por tanto, válidos para todos los tiempos y todos los pueblos. Esta intuición fue expresada ya muy pronto, en el siglo V, por Agustín de Hipona, uno de los maestros de nuestra herencia intelectual. Decía que la máxima no hagas a otros lo que no quieres que te hagan a ti “en modo alguno puede variar, por mucha que sea la diversidad de las naciones” (De doctrina christiana, III, 14). Por tanto, los derechos humanos han de ser respetados como expresión de justicia, y no simplemente porque pueden hacerse respetar mediante la voluntad de los legisladores.

Señoras y Señores, con el transcurrir de la historia surgen situaciones nuevas y se intenta conectarlas a nuevos derechos. El discernimiento, es decir, la capacidad de distinguir el bien del mal, se hace más esencial en el contexto de exigencias que conciernen a la vida misma y al comportamiento de las personas, de las comunidades y de los pueblos. Al afrontar el tema de los derechos, puesto que en él están implicadas situaciones importantes y realidades profundas, el discernimiento es al mismo tiempo una virtud indispensable y fructuosa.

Así, el discernimiento muestra cómo el confiar de manera exclusiva a cada Estado, con sus leyes e instituciones, la responsabilidad última de conjugar las aspiraciones de personas, comunidades y pueblos enteros puede tener a veces consecuencias que excluyen la posibilidad de un orden social respetuoso de la dignidad y los derechos de la persona. Por otra parte, una visión de la vida enraizada firmemente en la dimensión religiosa puede ayudar a conseguir dichos fines, puesto que el reconocimiento del valor trascendente de todo hombre y toda mujer favorece la conversión del corazón, que lleva al compromiso de resistir a la violencia, al terrorismo y a la guerra, y de promover la justicia y la paz. Además, esto proporciona el contexto apropiado para ese diálogo interreligioso que las Naciones Unidas están llamadas a apoyar, del mismo modo que apoyan el diálogo en otros campos de la actividad humana. El diálogo debería

ser reconocido como el medio a través del cual los diversos sectores de la sociedad pueden articular su propio punto de vista y construir el consenso sobre la verdad en relación a los valores u objetivos particulares. Pertenece a la naturaleza de las religiones, libremente practicadas, el que puedan entablar autónomamente un diálogo de pensamiento y de vida. Si también a este nivel la esfera religiosa se mantiene separada de la acción política, se producirán grandes beneficios para las personas y las comunidades. Por otra parte, las Naciones Unidas pueden contar con los resultados del diálogo entre las religiones y beneficiarse de la disponibilidad de los creyentes para poner sus propias experiencias al servicio del bien común. Su cometido es proponer una visión de la fe, no en términos de intolerancia, discriminación y conflicto, sino de total respeto de la verdad, la coexistencia, los derechos y la reconciliación.

Obviamente, los derechos humanos deben incluir el derecho a la libertad religiosa, entendido como expresión de una dimensión que es al mismo tiempo individual y comunitaria, una visión que manifiesta la unidad de la persona, aun distinguiendo claramente entre la dimensión de ciudadano y la de creyente. La actividad de las Naciones Unidas en los años recientes ha asegurado que el debate público ofrezca espacio a puntos de vista inspirados en una visión religiosa en todas sus dimensiones, incluyendo la de rito, culto, educación, difusión de informaciones, así como la libertad de profesar o elegir una religión. Es inconcebible, por tanto, que los creyentes tengan que suprimir una parte de sí mismos –su fe– para ser ciudadanos activos. Nunca debería ser necesario renegar de Dios para poder gozar de los propios derechos. Los derechos asociados con la religión necesitan protección sobre todo si se los considera en conflicto con la ideología secular predominante o con posiciones de una mayoría religiosa de naturaleza exclusiva. No se puede limitar la plena garantía de la libertad religiosa al libre ejercicio del culto, sino que se ha de tener en la debida consideración la dimensión pública de la religión y, por tanto, la posibilidad de que los creyentes contribuyan la construcción del orden social. A decir verdad, ya lo están haciendo, por ejemplo, a través de su implicación influyente y generosa en una amplia red de iniciativas, que van desde las universidades a las instituciones científicas, escuelas, centros de atención médica y a organizaciones caritativas al servicio de los más pobres y marginados. El rechazo a reconocer la contribución a la sociedad que está enraizada en la dimensión religiosa y en la búsqueda del Absoluto –expresión por su propia naturaleza de la comunión entre personas– privilegiaría efectivamente un planteamiento individualista y fragmentaría la unidad de la persona.

Mi presencia en esta Asamblea es una muestra de estima por las Naciones Unidas y es considerada como expresión de la esperanza en que la Organización sirva cada vez más como signo de unidad entre los Estados y como instrumento al servicio de toda la familia humana. Manifiesta también la voluntad de la Iglesia Católica de ofrecer su propia aportación a la construcción de relaciones internacionales en un modo en que se permita a cada persona y a cada pueblo percibir que son un elemento capaz de marcar la diferencia. Además, la Iglesia trabaja para obtener dichos objetivos a través de la actividad internacional de la Santa Sede, de manera coherente con la propia contribución en la esfera ética y moral y con la libre actividad de los propios fieles. Ciertamente, la Santa Sede ha tenido siempre un puesto en las asambleas de las Naciones, manifestando así el propio carácter específico en cuanto sujeto en el ámbito internacional. Como han confirmado recientemente las Naciones Unidas, la Santa Sede ofrece así su propia contribución según las disposiciones de la ley internacional, ayuda a definirla y a ella se remite.

Las Naciones Unidas siguen siendo un lugar privilegiado en el que la Iglesia está comprometida a llevar su propia experiencia “en humanidad”, desarrollada a lo largo de los siglos entre pueblos de toda raza y cultura, y a ponerla a disposición de todos los miembros de la comunidad internacional. Esta experiencia y actividad, orientadas a obtener la libertad para todo creyente, intentan aumentar también la protección que se ofrece a los derechos de la persona. Dichos derechos están basados y plasmados en la naturaleza trascendente de la persona, que permite a hombres y mujeres recorrer su camino de fe y su búsqueda de Dios en este mundo. El reconocimiento de esta dimensión debe ser reforzado si queremos fomentar la esperanza de la humanidad en un mundo mejor, y crear condiciones propicias para la paz, el desarrollo, la cooperación y la garantía de los derechos de las generaciones futuras.

En mi reciente Encíclica *Spe salvi*, he subrayado “que la búsqueda, siempre nueva y fatigosa, de rectos ordenamientos para las realidades humanas es una tarea de cada generación” (n. 25). Para los cristianos, esta tarea está motivada por la esperanza que proviene de la obra salvadora de Jesucristo. Precisamente por eso la Iglesia se alegra de estar asociada con la actividad de esta ilustre Organización, a la cual está confiada la responsabilidad de promover la paz y la buena voluntad en todo el mundo. Queridos amigos, os doy las gracias por la oportunidad de dirigirme hoy a vosotros y prometo la ayuda de mis oraciones para el desarrollo de vuestra noble tarea.

Antes de despedirme de esta ilustre Asamblea, quisiera expresar mis mejores deseos, en las lenguas oficiales, a todas las Naciones representadas en ella:

Peace and Prosperity with God's help!

Paix et prospérité, avec l'aide de Dieu!

Paz y prosperidad con la ayuda de Dios!

!سَلامٌ وإِزْدِهَارٌ بِعَوْنِ اللَّهِ

因著天主的幫助願大家 得享平安和繁榮！

Мира и благоденствия с помощью Божией!

Muchas gracias.

© Copyright 2008 - Libreria Editrice Vaticana

VIAJE APOSTÓLICO
A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
Y VISITA A LA SEDE
DE LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

MISA VOTIVA POR LA IGLESIA UNIVERSAL

HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

Catedral de San Patricio, Nueva York
Sábado 19 de abril de 2008

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Saludo con gran afecto en el Señor a todos vosotros que representáis a los Obispos, sacerdotes y diáconos, a los hombres y mujeres de vida consagrada, y a los seminaristas de los Estados Unidos. Agradezco al Cardenal Egan la cordial bienvenida y felicitación que ha expresado en nombre vuestro, al inicio del cuarto año de mi Pontificado. Me alegra celebrar esta Misa con vosotros que habéis sido elegidos por el Señor, que habéis respondido a su llamado y que dedicáis vuestra

vida a la búsqueda de la santidad, a la difusión del Evangelio y a la edificación de la Iglesia en la fe, en la esperanza y en el amor.

Reunidos en esta histórica catedral, ¿cómo no recordar a los innumerables hombres y mujeres que os han precedido, que han trabajado por el crecimiento de la Iglesia en los Estados Unidos, dejándonos un patrimonio duradero de fe y de obras buenas? En la primera lectura de hoy hemos visto cómo los Apóstoles, con la fuerza del Espíritu Santo, salieron de la sala del piso superior para anunciar las grandes obras de Dios a personas de toda nación y lengua. En este país la misión de la Iglesia ha conllevado siempre atraer a la gente “de todas las naciones de la tierra” (Hch 2,5) hacia una unidad espiritual enriqueciendo el Cuerpo de Cristo con la multiplicidad de sus dones. Al mismo tiempo que damos gracias por estas preciosas bendiciones del pasado y consideramos los desafíos del futuro, queremos implorar de Dios la gracia de un nuevo Pentecostés para la Iglesia en América. ¡Que descendan sobre todos los presentes lenguas como de fuego, fundiendo el amor ardiente a Dios y al prójimo con el celo por la propagación del Reino de Dios!

En la segunda lectura de esta mañana san Pablo nos recuerda que la unidad espiritual – aquella unidad que reconcilia y enriquece la diversidad – tiene su origen y su modelo supremo en la vida del Dios uno y trino. La Trinidad, como comunión de amor y libertad infinita, hace nacer incesantemente la vida nueva en la obra de la creación y redención. La Iglesia, como “pueblo unido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (Lumen gentium, 4), está llamada a proclamar el don de la vida, a proteger la vida y a promover una cultura de la vida. Aquí, en esta catedral, nuestro recuerdo se dirige naturalmente al testimonio heroico por el Evangelio de la vida, dado por los difuntos Cardenales Cooke y O’Connor. La proclamación de la vida, de la vida abundante, debe ser el centro de la nueva evangelización. Pues la verdadera vida – nuestra salvación – se encuentra sólo en la reconciliación, en la libertad y en el amor que son dones gratuitos de Dios.

Éste es el mensaje de esperanza que estamos llamados a anunciar y encarnar en un mundo en el que egocentrismo, avidez, violencia y cinismo parecen sofocar muy a menudo el crecimiento frágil de la gracia en el corazón de la gente. San Ireneo comprendió con gran profundidad que la exhortación de Moisés al pueblo de Israel: “Elige la vida” (Dt 30,19) era la razón más profunda para nuestra obediencia a todos los mandamientos de Dios (cf. Adv. Haer. IV, 16, 2-5). Quizás hemos perdido de vista que en una sociedad en la que la Iglesia parece a muchos

que es legalista e “institucional”, nuestro desafío más urgente es comunicar la alegría que nace de la fe y de la experiencia del amor de Dios.

Soy particularmente feliz que nos hayamos reunido en la catedral de San Patricio. Este lugar, quizás más que cualquier otro templo de Estados Unidos, es conocido y amado como “una casa de oración para todos los pueblos” (cf. Is 56,7; Mc 11,17). Cada día miles de hombres, mujeres y niños entran por sus puertas y encuentran la paz dentro de sus muros. El Arzobispo John Hughes –como nos ha recordado el Cardenal Egan– fue el promotor de la construcción de este venerable edificio; quiso erigirlo en puro estilo gótico. Quería que esta catedral recordase a la joven Iglesia en América la gran tradición espiritual de la que era heredera, y que la inspirase a llevar lo mejor de este patrimonio en la edificación del Cuerpo de Cristo en este país. Quisiera llamar vuestra atención sobre algunos aspectos de esta bellísima estructura, que me parece que puede servir como punto de partida para una reflexión sobre nuestras vocaciones particulares dentro de la unidad del Cuerpo místico.

El primer aspecto se refiere a los ventanales con vidrieras historiadas que inundan el ambiente interior con una luz mística. Vistos desde fuera, estos ventanales parecen oscuros, recargados y hasta lúgubres. Pero cuando se entra en el templo, de improviso toman vida; al reflejar la luz que las atraviesa revelan todo su esplendor. Muchos escritores –aquí en América podemos recordar a Nathaniel Hawthorne– han usado la imagen de estas vidrieras historiada para ilustrar el misterio de la Iglesia misma. Solamente desde dentro, desde la experiencia de fe y de vida eclesial, es como vemos a la Iglesia tal como es verdaderamente: llena de gracia, esplendorosa por su belleza, adornada por múltiples dones del Espíritu. Una consecuencia de esto es que nosotros, que vivimos la vida de gracia en la comunión de la Iglesia, estamos llamados a atraer dentro de este misterio de luz a toda la gente.

No es un cometido fácil en un mundo que es propenso a mirar “desde fuera” a la Iglesia, igual que a aquellos ventanales: un mundo que siente profundamente una necesidad espiritual, pero que encuentra difícil “entrar en el” misterio de la Iglesia. También para algunos de nosotros, desde dentro, la luz de la fe puede amortiguarse por la rutina y el esplendor de la Iglesia puede ofuscarse por los pecados y las debilidades de sus miembros. La ofuscación puede originarse por los obstáculos encontrados en una sociedad que, a veces, parece haber olvidado a Dios e irritarse ante las exigencias más elementales de la moral cristiana. Vosotros,

que habéis consagrado vuestra vida para dar testimonio del amor de Cristo y para la edificación de su Cuerpo, sabéis por vuestro contacto diario con el mundo que nos rodea, cuantas veces se siente la tentación de ceder a la frustración, a la desilusión e incluso al pesimismo sobre el futuro. En una palabra: no siempre es fácil ver la luz del Espíritu a nuestro alrededor, el esplendor del Señor resucitado que ilumina nuestra vida e infunde nueva esperanza en su victoria sobre el mundo (cf. Jn 16,33).

Sin embargo, la palabra de Dios nos recuerda que, en la fe, vemos los cielos abiertos y la gracia del Espíritu Santo que ilumina a la Iglesia y que lleva una esperanza segura a nuestro mundo. “Señor, Dios mío”, canta el salmista, “envías tu aliento y los creas, y repueblas la faz de la tierra” (Sal 104,30). Estas palabras evocan la primera creación, cuando “el Aliento de Dios se cernía sobre la faz de las aguas” (Gn 1,2). Y ellas impulsan nuestra mirada hacia la nueva creación, hacia Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles e instauró la Iglesia como primicia de la humanidad redimida (cf. Jn 20,22-23). Estas palabras nos invitan a una fe cada vez más profunda en la potencia infinita de Dios, que transforma toda situación humana, crea vida desde la muerte e ilumina también la noche más oscura. Y nos hacen pensar en otra bellísima frase de san Ireneo: “Donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios; donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia” (Adv. Haer. III, 24,1).

Esto me lleva a otra reflexión sobre la arquitectura de este templo. Como todas las catedrales góticas, tiene una estructura muy compleja, cuyas proporciones precisas y armoniosas simbolizan la unidad de la creación de Dios. Los artistas medievales a menudo representaban a Cristo, la Palabra creadora de Dios, como un “aparejador” celestial con el compás en mano, que ordena el cosmos con infinita sabiduría y determinación. Esta imagen, ¿no nos hace pensar quizás en la necesidad de ver todas las cosas con los ojos de la fe para, de este modo, poder comprenderlas en su perspectiva más auténtica, en la unidad del plan eterno de Dios? Esto requiere, como sabemos, una continua conversión y el esfuerzo de “renovarnos en el espíritu de nuestra mente” (cf. Ef 4,23) para conseguir una mentalidad nueva y espiritual. Exige también el desarrollo de aquellas virtudes que hacen a cada uno de nosotros capaz de crecer en santidad y dar frutos espirituales en el propio estado de vida. Esta constante conversión “intelectual”, ¿acaso no es tan necesaria como la conversión “moral” para nuestro crecimiento en la fe, para nuestro discernimiento de los signos de los tiempos y para nuestra aportación personal a la vida y misión de la Iglesia?

Una de las grandes desilusiones que siguieron al Concilio Vaticano II, con su exhortación a un mayor compromiso en la misión de la Iglesia para el mundo, pienso que haya sido para todos nosotros la experiencia de división entre diferentes grupos, distintas generaciones y diversos miembros de la misma familia religiosa. ¡Podemos avanzar sólo si fijamos juntos nuestra mirada en Cristo! Con la luz de la fe descubriremos entonces la sabiduría y la fuerza necesarias para abrirnos hacia puntos de vista que no siempre coinciden del todo con nuestras ideas o nuestras suposiciones. Así podemos valorar los puntos de vista de otros, ya sean más jóvenes o más ancianos que nosotros, y escuchar por fin “lo que el Espíritu nos dice” a nosotros y a la Iglesia (cf. Ap 2, 7). De este modo caminaremos juntos hacia la verdadera renovación espiritual que quería el Concilio, la única renovación que puede reforzar la Iglesia en la santidad y en la unidad indispensable para la proclamación eficaz del Evangelio en el mundo de hoy.

¿No ha sido quizás esta unidad de visión y de intentos –basada en la fe y en el espíritu de continua conversión y sacrificio personal– el secreto del crecimiento sorprendente de la Iglesia en este país? Basta pensar en la obra extraordinaria de aquel sacerdote americano ejemplar, el venerable Michael McGivney, cuya visión y celo le llevaron a la fundación de los Caballeros de Colón, o en la herencia espiritual de generaciones de religiosas, religiosos y sacerdotes que, silenciosamente, han dedicado su vida al servicio del pueblo de Dios en innumerables escuelas, hospitales y parroquias.

Aquí, en el contexto de nuestra necesidad de una perspectiva fundamentada en la fe, y de unidad y colaboración en el trabajo de edificación de la Iglesia, querría decir unas palabras sobre los abusos sexuales que han causado tantos sufrimientos. Ya he tenido ocasión de hablar de esto y del consiguiente daño para la comunidad de los fieles. Ahora deseo expresaros sencillamente, queridos sacerdotes y religiosos, mi cercanía espiritual, al mismo tiempo que tratáis de responder con esperanza cristiana a los continuos desafíos surgidos por esta situación. Me siento unido a vosotros rezando para que éste sea un tiempo de purificación para cada uno y para cada Iglesia y comunidad religiosa, y también un tiempo de sanación. Os animo también a colaborar con vuestros Obispos, que siguen trabajando eficazmente para resolver este problema. Que nuestro Señor Jesucristo conceda a la Iglesia en América un renovado sentido de unidad y decisión, mientras todos – Obispos, clero, religiosos, religiosas y laicos– caminan en la esperanza y en el amor recíproco y para la verdad.

Queridos amigos, estas consideraciones me llevan a una última observación sobre esta gran catedral en la que nos encontramos. La unidad de una catedral gótica, es sabido, no es la unidad estática de un templo clásico, sino una unidad nacida de la tensión dinámica de diferentes fuerzas que empujan la arquitectura hacia arriba, orientándola hacia el cielo. Aquí podemos ver también un símbolo de la unidad de la Iglesia que es –como nos ha dicho san Pablo– unidad de un cuerpo vivo compuesto por muchos elementos diferentes, cada uno con su propia función y su propia determinación. Aquí vemos también la necesidad de reconocer y respetar los dones de cada miembro del cuerpo como “manifestación del Espíritu para provecho común” (1 Co 12,7). Ciertamente, en la estructura de la Iglesia querida por Dios se ha de distinguir entre los dones jerárquicos y los carismáticos (cf. *Lumen gentium*, 4). Pero precisamente la variedad y riqueza de las gracias concedidas por el Espíritu nos invitan constantemente a discernir cómo estos dones tienen que ser insertados correctamente en el servicio de la misión de la Iglesia. Vosotros, queridos sacerdotes, por medio de la ordenación sacramental, habéis sido conformados con Cristo, Cabeza del Cuerpo. Vosotros, queridos diáconos, habéis sido ordenados para el servicio de este Cuerpo. Vosotros, queridos religiosos y religiosas, tanto los contemplativos como los dedicados al apostolado, habéis consagrado vuestra vida a seguir al divino Maestro en el amor generoso y en plena fidelidad a su Evangelio. Todos vosotros que hoy llenáis esta catedral, así como vuestros hermanos y hermanas ancianos, enfermos o jubilados que ofrecen sus oraciones y sus sacrificios para vuestro trabajo, estáis llamados a ser fuerzas de unidad dentro del Cuerpo de Cristo. A través de vuestro testimonio personal y de vuestra fidelidad al ministerio o al apostolado que se os ha confiado prepararéis el camino al Espíritu. Ya que el Espíritu nunca deja de derramar sus abundantes dones, suscitar nuevas vocaciones y nuevas misiones, y de dirigir a la Iglesia –como el Señor ha prometido en el fragmento evangélico de esta mañana– hacia la verdad plena (cf. Jn 16, 13).

¡Dirijamos, pues, nuestra mirada hacia arriba! Y con gran humildad y confianza pidamos al Espíritu que cada día nos haga capaces de crecer en la santidad que nos hará piedras vivas del templo que Él está levantando justamente ahora en el mundo. Si tenemos que ser auténticas fuerzas de unidad, ¡esforcémonos entonces en ser los primeros en buscar una reconciliación interior a través de la penitencia! ¡Perdonemos las ofensas padecidas y dominemos todo sentimiento de rabia y de enfrentamiento! ¡Esforcémonos en ser los primeros en demostrar la humildad y la pureza de corazón necesarias para acercarnos al esplendor de la verdad de Dios! En fidelidad al depósito de la fe confiado a los Apóstoles (cf. 1 Tm

6,20), ¡esforcémonos en ser testigos alegres de la fuerza transformadora del Evangelio!

¡Queridos hermanos y hermanas, de acuerdo con las tradiciones más nobles de la Iglesia en este país, sed también los primeros amigos del pobre, del prófugo, del extranjero, del enfermo y de todos los que sufren! ¡Actuad como faros de esperanza, irradiando la luz de Cristo en el mundo y animando a los jóvenes a descubrir la belleza de una vida entregada enteramente al Señor y a su Iglesia! Dirijo este llamado de modo especial a los numerosos seminaristas y jóvenes religiosas y religiosos aquí presentes. Cada uno de vosotros tiene un lugar particular en mi corazón. No olvidéis nunca que estáis llamados a llevar adelante, con todo el entusiasmo y la alegría que os da el Espíritu, una obra que otros han empezado, un patrimonio que un día vosotros tendréis que pasar también a una nueva generación. ¡Trabajad con generosidad y alegría, porque Aquél a quien servís es el Señor!

Las agujas de las torres de la catedral de san Patricio han sido muy superadas por los rascacielos del tipo de Manhattan; sin embargo, en el corazón de esta metrópoli ajetreada ellas son un signo vivo que recuerda la constante nostalgia del espíritu humano de elevarse hacia Dios. En esta Celebración eucarística queremos dar gracias al Señor porque nos permite reconocerlo en la comunión de la Iglesia y colaborar con Él, edificando su Cuerpo místico y llevando su palabra salvadora como buena nueva a los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Y después, cuando salgamos de este gran templo, caminemos como mensajeros de la esperanza en medio de esta ciudad y en todos aquellos lugares donde nos ha puesto la gracia de Dios. De este modo la Iglesia en América conocerá una nueva primavera en el Espíritu e indicará el camino hacia aquella otra ciudad más grande, la nueva Jerusalén, cuya luz es el Cordero (cf. Ap 21,23). Por esto Dios está preparando también ahora un banquete de alegría y de vida infinitas para todos los pueblos. Amén

Palabras improvisadas del Santo Padre al final de la celebración de la Santa Misa

En este momento no me queda más que agradecerles su amor a la Iglesia y a Nuestro Señor; agradecerles que también ofrezcan su amor al pobre Sucesor de San Pedro. Intentaré hacer todo lo posible para ser un digno sucesor de este gran

Apóstol, el cual era también un hombre con sus defectos y sus pecados, pero que al final sigue siendo la roca de la Iglesia. Con toda mi pobreza espiritual, también yo puedo ser ahora, por gracia del Señor, el Sucesor de Pedro. Ciertamente las plegarias y el amor de ustedes son lo que me da la certeza de que el Señor me ayudará en mi ministerio. Les agradezco profundamente, pues, su amor, sus oraciones. En este momento, mi respuesta a todo lo que me han dado durante mi visita es la bendición que ahora les imparto al final de esta hermosa Celebración.

© Copyright 2008 - Libreria Editrice Vaticana

VIAJE APOSTÓLICO
A LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
Y VISITA A LA SEDE
DE LA ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

HOMILÍA DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI

Yankee Stadium, Bronx, Nueva York
V Domingo de Pascua 20 de abril de 2008

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

En el Evangelio que acabamos de escuchar, Jesús dice a sus Apóstoles que tengan fe en Él, porque Él es “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6). Cristo es el camino que conduce al Padre, la verdad que da sentido a la existencia humana, y la fuente de esa vida que es alegría eterna con todos los Santos en el Reino de los cielos. Acojamos estas palabras del Señor. Renovemos nuestra fe en Él y pongamos nuestra esperanza en sus promesas.

Con esta invitación a perseverar en la fe de Pedro (cf. Lc 22,32; Mt 16,17), les saludo a todos con gran afecto. Agradezco al Señor Cardenal Egan las cordiales palabras de bienvenida que ha pronunciado en vuestro nombre. En esta Misa, la Iglesia que peregrina en los Estados Unidos celebra el Bicentenario de la creación de las sedes de Nueva York, Boston, Filadelfia y Louisville por la desmembración de la sede madre de Baltimore. La presencia, en torno a este altar, del Sucesor de Pedro, de sus Hermanos Obispos y sacerdotes, de los diáconos, de los consagrados y consagradas, así como de los fieles laicos procedentes de los cincuenta Estados de la Unión, manifiesta de forma elocuente nuestra comunión en la fe católica que nos llegó de los Apóstoles.

La celebración de hoy es también un signo del crecimiento impresionante que Dios ha concedido a la Iglesia en vuestro País en los pasados doscientos años. A partir de un pequeño rebaño, como el descrito en la primera lectura, la Iglesia en América ha sido edificada en la fidelidad a los dos mandamientos del amor a Dios y del amor al prójimo. En esta tierra de libertad y oportunidades, la Iglesia ha unido rebaños muy diversos en la profesión de fe y, a través de sus muchas obras educativas, caritativas y sociales, también ha contribuido de modo significativo al crecimiento de la sociedad americana en su conjunto.

Este gran resultado no ha estado exento de retos. La primera lectura de hoy, tomada de los Hechos de los Apóstoles, habla de las tensiones lingüísticas y culturales que había en la primitiva comunidad eclesial. Al mismo tiempo, muestra el poder de la Palabra de Dios, proclamada autorizadamente por los Apóstoles y acogida en la fe, para crear una unidad capaz de ir más allá de las divisiones que provienen de los límites y debilidades humanas. Se nos recuerda aquí una verdad fundamental: que la unidad de la Iglesia no tiene más fundamento que la Palabra de Dios, hecha carne en Cristo Jesús, Nuestro Señor. Todos los signos externos de identidad, todas las estructuras, asociaciones o programas, por válidos o incluso esenciales que sean, existen en último término únicamente para sostener y favorecer una unidad más profunda que, en Cristo, es un don indefectible de Dios a su Iglesia.

La primera lectura muestra además, como vemos en la imposición de manos sobre los primeros diáconos, que la unidad de la Iglesia es “apostólica”, es decir, una unidad visible fundada sobre los Apóstoles, que Cristo eligió y constituyó como testigos de su resurrección, y nacida de lo que la Escritura denomina “la obediencia de la fe” (Rm 1,5; Hch 6,7).

“Autoridad”... “obediencia”. Siendo francos, estas palabras no se pronuncian hoy fácilmente. Palabras como éstas representan “una piedra de tropiezo” para muchos de nuestros contemporáneos, especialmente en una sociedad que justamente da mucho valor a la libertad personal. Y, sin embargo, a la luz de nuestra fe en Cristo, “el camino, la verdad y la vida”, alcanzamos a ver el sentido más pleno, el valor e incluso la belleza de tales palabras. El Evangelio nos enseña que la auténtica libertad, la libertad de los hijos de Dios, se encuentra sólo en la renuncia al propio yo, que es parte del misterio del amor. Sólo perdiendo la propia vida, como nos dice el Señor, nos encontramos realmente a nosotros mismos (cf. Lc 17,33). La verdadera libertad florece cuando nos alejamos del yugo del pecado, que nubla nuestra percepción y debilita nuestra determinación, y ve la fuente de nuestra felicidad definitiva en Él, que es amor infinito, libertad infinita, vida sin fin. “En su voluntad está nuestra paz”.

Por tanto, la verdadera libertad es un don gratuito de Dios, fruto de la conversión a su verdad, a la verdad que nos hace libres (cf. Jn 8,32). Y dicha libertad en la verdad lleva consigo un modo nuevo y liberador de ver la realidad. Cuando nos identificamos con “la mente de Cristo” (cf. Fil 2,5), se nos abren nuevos horizontes. A la luz de la fe, en la comunión de la Iglesia, encontramos también la inspiración y la fuerza para llegar a ser fermento del Evangelio en este mundo. Llegamos a ser luz del mundo, sal de la tierra (cf. Mt 5,13-14), encargados del “apostolado” de conformar nuestras vidas y el mundo en que vivimos cada vez más plenamente con el plan salvador de Dios.

La magnífica visión de un mundo transformado por la verdad liberadora del Evangelio queda reflejada en la descripción de la Iglesia que encontramos en la segunda lectura de hoy. El Apóstol nos dice que Cristo, resucitado de entre los muertos, es la piedra angular de un gran templo que también ahora se está edificando en el Espíritu. Y nosotros, miembros de su cuerpo, nos hacemos por el Bautismo “piedras vivas” de ese templo, participando por la gracia en la vida de Dios, bendecidos con la libertad de los hijos de Dios, y capaces de ofrecer sacrificios espirituales agradables a él (cf. 1 P 2,5). ¿Qué otra ofrenda estamos llamados a realizar, sino la de dirigir todo pensamiento, palabra o acción a la verdad del Evangelio, o a dedicar toda nuestra energía al servicio del Reino de Dios? Sólo así podemos construir con Dios, sobre el cimiento que es Cristo (cf. 1 Co 3,11). Sólo así podemos edificar algo que sea realmente duradero. Sólo así nuestra vida encuentra el significado último y da frutos perdurables.

Hoy recordamos doscientos años de un momento crucial la historia de la Iglesia en los Estados Unidos: su primer gran fase de crecimiento. En estos doscientos años, el rostro de la comunidad católica en vuestro País ha cambiado considerablemente. Pensemos en las continuas oleadas de emigrantes, cuyas tradiciones han enriquecido mucho a la Iglesia en América. Pensemos en la recia fe que edificó la cadena de Iglesias, instituciones educativas, sanitarias y sociales, que desde hace mucho tiempo son el emblema distintivo de la Iglesia en este territorio. Pensemos también en los innumerables padres y madres que han transmitido la fe a sus hijos, en el ministerio cotidiano de muchos sacerdotes que han gastado su vida en el cuidado de las almas, en la contribución incalculable de tantos consagrados y consagradas, quienes no sólo han enseñado a los niños a leer y escribir, sino que también les han inculcado para toda la vida un deseo de conocer, amar y servir a Dios. Cuántos “sacrificios espirituales agradables a Dios” se han ofrecido en los dos siglos transcurridos. En esta tierra de libertad religiosa, los católicos han encontrado no sólo la libertad para practicar su fe, sino también para participar plenamente en la vida civil, llevando consigo sus convicciones morales a la esfera pública, cooperando con sus vecinos a forjar una vibrante sociedad democrática. La celebración actual es algo más que una ocasión de gratitud por las gracias recibidas: es una invitación para proseguir con la firme determinación de usar sabiamente la bendición de la libertad, con el fin de edificar un futuro de esperanza para las generaciones futuras.

“Ustedes son una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que les llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa” (1 P 2,9). Estas palabras del Apóstol Pedro no sólo nos recuerdan la dignidad que por gracia de Dios tenemos, sino que también entrañan un desafío y una fidelidad cada vez más grande a la herencia gloriosa recibida en Cristo (cf. Ef 1,18). Nos retan a examinar nuestras conciencias, a purificar nuestros corazones, a renovar nuestro compromiso bautismal de rechazar a Satanás y todas sus promesas vacías. Nos retan a ser un pueblo de la alegría, heraldos de la esperanza que no defrauda (cf. Rm 5,5) nacida de la fe en la Palabra de Dios y de la confianza en sus promesas.

En esta tierra, ustedes y muchos de sus vecinos rezan todos los días al Padre con las palabras del Señor: “Venga tu Reino”. Esta plegaria debe forjar la mente y el corazón de todo cristiano de esta Nación. Debe dar fruto en el modo en que ustedes viven su esperanza y en la manera en que construyen su familia y su

comunidad. Debe crear nuevos “lugares de esperanza” (cf. Spe salvi, 32ss) en los que el Reino de Dios se haga presente con todo su poder salvador.

Además, rezar con fervor por la venida del Reino significa estar constantemente atentos a los signos de su presencia, trabajando para que crezca en cada sector de la sociedad. Esto quiere decir afrontar los desafíos del presente y del futuro confiados en la victoria de Cristo y comprometiéndose en extender su Reino. Comporta no perder la confianza ante resistencias, adversidades o escándalos. Significa superar toda separación entre fe y vida, oponiéndose a los falsos evangelios de libertad y felicidad. Quiere decir, además, rechazar la falsa dicotomía entre la fe y la vida política, pues, como ha afirmado el Concilio Vaticano II, “ninguna actividad humana, ni siquiera en los asuntos temporales, puede sustraerse a la soberanía de Dios” (Lumen gentium, 36). Esto quiere decir esforzarse para enriquecer la sociedad y la cultura americanas con la belleza y la verdad del Evangelio, sin perder jamás de vista esa gran esperanza que da sentido y valor a todas las otras esperanzas que inspiran nuestra vida.

Queridos amigos, éste es el reto que os presenta hoy el Sucesor de Pedro. Como “raza elegida, sacerdocio real, nación consagrada”, sigan con fidelidad las huellas de quienes les han precedido. Apresuren la venida del Reino en esta tierra. Las generaciones pasadas les han legado una herencia extraordinaria. También en nuestros días la comunidad católica de esta Nación ha destacado en su testimonio profético en defensa de la vida, en la educación de los jóvenes, en la atención a los pobres, enfermos o extranjeros que viven entre ustedes. También hoy el futuro de la Iglesia en América debe comenzar a elevarse partiendo de estas bases sólidas.

Ayer, no lejos de aquí, me ha conmovido la alegría, la esperanza y el amor generoso a Cristo que he visto en el rostro de tantos jóvenes congregados en Dunwoodie. Ellos son el futuro de la Iglesia y merecen nuestras oraciones y todo el apoyo que podamos darles. Por eso, deseo concluir añadiendo una palabra de aliento para ellos. Queridos jóvenes amigos: igual que los siete hombres “llenos de espíritu de sabiduría” a los que los Apóstoles confiaron el cuidado de la joven Iglesia, álcense también ustedes y asuman la responsabilidad que la fe en Cristo les presenta. Que encuentren la audacia de proclamar a Cristo, “el mismo ayer, hoy y siempre”, y las verdades inmutables que se fundamentan en Él (cf. Gaudium et spes, 10; Hb 13,8): son verdades que nos hacen libres. Se trata de las únicas verdades que pueden garantizar el respeto de la dignidad y de los derechos de todo hombre, mujer y niño en nuestro mundo, incluidos los más indefensos de todos los seres

humanos, como los niños que están aún en el seno materno. En un mundo en el que, como Juan Pablo II nos recordó hablando en este mismo lugar, Lázaro continúa llamando a nuestra puerta (Homilía en el Yankee Stadium, 2 de octubre de 1979, n. 7), actúen de modo que su fe y su amor den fruto ayudando a los pobres, a los necesitados y a los sin voz. Muchachos y muchachas de América, les reitero: abran los corazones a la llamada de Dios para seguirlo en el sacerdocio y en la vida religiosa. ¿Puede haber un signo de amor más grande que seguir las huellas de Cristo, que no dudó en dar la vida por sus amigos (cf. Jn 15,13)?

En el Evangelio de hoy, el Señor promete a los discípulos que realizarán obras todavía más grandes que las suyas (cf. Jn 14,12). Queridos amigos, sólo Dios en su providencia sabe lo que su gracia debe realizar todavía en sus vidas y en la vida de la Iglesia de los Estados Unidos. Mientras tanto, la promesa de Cristo nos colma de esperanza firme. Unamos, pues, nuestras plegarias a la suya, como piedras vivas del templo espiritual que es su Iglesia una, santa, católica y apostólica. Dirijamos nuestra mirada hacia él, pues también ahora nos está preparando un sitio en la casa de su Padre. Y, fortalecidos por el Espíritu Santo, trabajemos con renovado ardor por la extensión de su Reino.

“Dichosos los creyentes” (cf. 1 P 2,7). Dirijámonos a Jesús. Sólo Él es el camino que conduce a la felicidad eterna, la verdad que satisface los deseos más profundos de todo corazón, y la vida trae siempre nuevo gozo y esperanza, para nosotros y para todo el mundo. Amén.

Palabras del Santo Padre a los fieles de lengua española

Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Les saludo con afecto y me alegro de celebrar esta Santa Misa para dar gracias a Dios por el bicentenario del momento en que empezó a desarrollarse la Iglesia Católica en esta Nación. Al mirar el camino de fe recorrido en estos años, no exento también de dificultades, alabamos al Señor por los frutos que la Palabra de Dios ha dado en estas tierras y le manifestamos nuestro deseo de que Cristo, Camino, Verdad y Vida, sea cada vez más conocido y amado.

Aquí, en este País de libertad, quiero proclamar con fuerza que la Palabra de Cristo no elimina nuestras aspiraciones a una vida plena y libre, sino que nos descubre nuestra verdadera dignidad de hijos de Dios y nos alienta a luchar contra

todo aquello que nos esclaviza, empezando por nuestro propio egoísmo y caprichos. Al mismo tiempo, nos anima a manifestar nuestra fe a través de nuestra vida de caridad y a hacer que nuestras comunidades eclesiales sean cada día más acogedoras y fraternas.

Sobre todo a los jóvenes les confío asumir el gran reto que entraña creer en Cristo y lograr que esa fe se manifieste en una cercanía efectiva hacia los pobres. También en una respuesta generosa a las llamadas que Él sigue formulando para dejarlo todo y emprender una vida de total consagración a Dios y a la Iglesia, en la vida sacerdotal o religiosa.

Queridos hermanos y hermanas, les invito a mirar el futuro con esperanza, permitiendo que Jesús entre en sus vidas. Solamente Él es el camino que conduce a la felicidad que no acaba, la verdad que satisface las más nobles expectativas humanas y la vida colmada de gozo para bien de la Iglesia y el mundo. Que Dios les bendiga.

© Copyright 2008 - Libreria Editrice Vaticana